WILLIAM S. BURROUGHS
ALLEN GINSBERG

Las cartas de la ayahuasca





ANAGRAMA
Panorama de narrativas

15 de enero de 1953

Hotel Colón, Panamá

Querido Allen:

Me paré aquí para que me sacaran las almorranas. Me pareció que no procedía volver a instalarme entre los indios con almorranas.

Bill Gains estuvo en la ciudad y le ha pegado fuego a la República de Panamá desde Las Palmas a David de paregórico. Antes de Gains, Panamá era una ciudad p.g. Podías comprar ciento catorce gramos en cualquier farmacia. Ahora los boticarios andan nerviosos y la Cámara de los Diputados ya estaba a punto de aprobar una Ley Gains especial, pero Gains tiró la toalla y se volvió a México. Yo me estaba quitando del jaco y el tío no hacía más que darme la lata, que por qué me engañaba a mí mismo, que una vez que eras yonqui lo eras para siempre. Que si dejaba el jaco me convertiría en un borrachuzo baboso o me volvería loco metiéndome cocaína.

Me encebollé una noche y compré un poco de paregórico y el tío no paraba de decirme, una y otra vez, «*Sabía* que volverías con paregórico. *Lo sabía*. Serás yonqui toda tu vida», y me miraba con una sonrisita de gato. La droga para él es una causa.

Me fui yo mismo al hospital hecho polvo del opio y me pasé cuatro días allí metido. Sólo me daban tres chutes de morfina y no podía dormir del dolor que tenía, y del calor y la deprivación, y encima había un herniado panameño en la misma habitación, y sus amigos venían y se quedaban todo el día y la mitad de la noche...; uno de ellos se llegó a quedar hasta medianoche.

Recuerdo cruzarme con unas americanas por el pasillo, que tenían pinta de esposas de oficiales. Una iba diciendo: «No sé por qué, pero no puedo comer caramelos.»

«Tiene usted diabetes, señora», le dije. Se dieron todas la vuelta y se me quedaron mirando indignadas.

Después de que me dieran el alta en el hospital, me pasé por la Embajada de los Estados Unidos. Delante de la embajada hay un baldío lleno de hierbajos y de árboles, donde los chicos se desnudan para darse un baño en las aguas contaminadas de una especie de pequeña bahía que parece el nido de una serpiente de mar venenosa. Olor a excrementos y agua de mar y lujuria de joven macho. No había cartas para mí. Me paré otra vez para comprar cincuenta y cinco

gramos de paregórico. La vieja Panamá de siempre. Putas y chulos y buscones.

«¿Quiere chica linda?»

«¿Baile señora desnuda?»

«¿Verme follar a mi hermana?»

No me sorprende que la comida cueste tanto. No hay quien los mantenga en el campo. Todos quieren venirse a la gran ciudad y ejercer de chulos.

Llevaba conmigo un artículo de una revista que describía un garito de las afueras de Ciudad de Panamá llamado el Ganso Azul. «Un local donde todo vale. Los camellos pululan por el váter de hombres con jeringas cargadas y listos para entrar en acción. A veces salen disparados de un retrete y te clavan la aguja en el brazo sin esperar a que les des permiso. Los homosexuales andan desmadrados.»

El Ganso Azul parece un café de carretera de la época de la Prohibición. Un edificio alargado, de una sola planta, venido a menos y cubierto de parras. Oía el croar de las ranas que llegaba del bosque y de los pantanos que lo rodean. Fuera había unos cuantos coches aparcados; dentro, una tenue luz azulada. Me recordaba un café de carretera de la Prohibición, de mis tiempos de adolescente, y el sabor de los combinados de ginebra en verano, en el Medio Oeste. (¡Ah, Dios! Y la luna de agosto en un cielo color violeta, y la polla de Billy Bradshinkel. ¿Se puede uno poner más sensiblero?)

Inmediatamente, dos putas viejas se me sentaron a la mesa, sin que yo las invitara, y pidieron copas. Una ronda me costó 6 dólares con 90. Lo único que había pululando por el váter de hombres era un insolente y dictatorial encargado. Y en cuanto a desmadrarse, bastante poco; no pude hacérmelo ni con un solo chaval mientras estuve allí. Me pregunto cómo serán los chicos panameños. Tan cortados como el material, seguramente. Cuando dicen que «todo vale», se están refiriendo al garito, no a los clientes.

Me crucé con mi viejo amigo Jones, el taxista, y le compré un poco de coca, más cortada que el demonio. Casi me asfixio intentando esnifar lo bastante de aquella mierda como para pillar un subidón. Eso es Panamá. No me sorprendería que hasta las putas estuvieran cortadas con gomaespuma.

Los panameños son probablemente la gente más guarra del hemisferio –aunque tengo entendido que los venezolanos también les hacen la competencia–, pero nunca me he encontrado con ninguna banda de ciudadanos que me dé tanto bajón como los funcionarios de la Zona del Canal. Es imposible comunicarse con

un funcionario en términos de intuición y empatía. No reciben, y lo que emiten parece que salga de una pila gastada. Debe de haber una onda cerebral especial, de baja frecuencia, entre los funcionarios.

Los militares no parecen jóvenes. Carecen de entusiasmo y de capacidad para la conversación. De hecho, rechazan la compañía de los civiles. Los únicos con los que me muevo en Panamá son los negros enrollados, y todos andan de palo por ahí.

Abrazos,

Bill

P.D. Billy Bradshinkel se acabó poniendo tan pesado que al final tuve que quitármelo de encima.

La primera vez fue en mi coche, después del desfile de primavera. Billy con los pantalones por los tobillos y la camisa de gala puesta todavía, y el asiento del coche todo lleno de lefa. Luego yo sujetándole del brazo mientras el chico vomitaba a la luz de los faros del coche, allí plantado con su pinta juvenil y su pelo rubio revuelto por el cálido viento de primavera. Luego nos metemos otra vez en el coche y apagamos las luces y le digo: «Vamos a repetir.»

Y el tío me dice: «No, no deberíamos.»

Y yo le dije que por qué, y para entonces ya se había vuelto a excitar, así que lo hicimos otra vez, y le pasé las manos por la espalda, por debajo de la camisa de gala, y lo apreté contra mí y sentí los largos pelillos de bebé de su suave mejilla contra la mía, y se durmió allí, y se estaba haciendo de día y nos volvimos a casa.

Después de aquello nos lo hicimos varias veces en el coche, y una vez su familia estaba de viaje y nos quitamos toda la ropa y después me quedé mirándole, dormido como un bebé con la boca un poco abierta.

Ese verano Billy pilló la fiebre tifoidea y yo iba a verlo todos los días, y su madre me daba limonada, y una vez su padre me dio una botella de cerveza y un cigarrillo. Cuando Billy se puso mejor cogíamos el coche y nos íbamos hasta el lago Creve Coeur y alquilábamos una barca, y salíamos a pescar, y nos quedábamos tumbados en el fondo de la barca, abrazados, sin hacer nada. Un sábado exploramos una vieja cantera y encontramos una cueva, y nos quitamos los pantalones en la mustia oscuridad.

Recuerdo que la última vez que vi a Billy fue en octubre de ese año. Uno de

esos resplandecientes días azules que se dan en los Ozarks en otoño. Habíamos salido al campo con el coche, a cazar ardillas con mi escopeta del 22 de un solo cartucho, y fuimos atravesando el bosque otoñal sin que apareciera nada contra lo que pudiéramos disparar y Billy estaba callado y serio y nos sentamos en un tronco y Billy se quedó con la mirada fija en los zapatos y me dijo que no podíamos vernos más (observarás que te estoy ahorrando el detalle de las hojas caídas).

–Pero ¿por qué, Billy? ¿Por qué?

–Bueno, si no lo sabes, no te lo puedo explicar. Vamos a volver al coche.

Regresamos en silencio y cuando llegamos a su casa Billy abrió la puerta del coche y se bajó. Me miró durante un segundo como si fuera a decirme algo, pero luego se dio la vuelta de repente y subió por el camino de baldosas que conducía a su casa. Yo me quedé allí sentado un momento, mirando la puerta. Luego me volví a casa sintiéndome aturdido. Cuando paré el coche en el garaje dejé caer la cabeza encima del volante, sollozando y frotándome la mejilla contra las varillas de acero. Finalmente Madre me llamó desde la ventana del primer piso, preguntándome si me pasaba algo, y que por qué no entraba en casa. Así que me enjugué las lágrimas y entré en casa y le dije que me encontraba mal y subí a meterme en la cama. Madre me trajo un plato de tostadas francesas en una bandeja, pero no podía comer nada, y me pasé la noche llorando.

Después de aquello llamé a Billy varias veces por teléfono, pero siempre me colgaba en cuanto oía mi voz. Y le escribí una larga carta que nunca contestó.

Tres meses después leí en el periódico que se había matado en un accidente de coche, y Madre dijo:

–¡Pero si era el hijo de los Bradshinkel! Erais muy buenos amigos, ¿no?

–Sí, Madre –le dije, pero sin sentir nada en absoluto.

Luego me puse hasta arriba de whisky de maíz.

Otra milonga: un hombre que fabrica recuerdos por encargo. Del tipo que quieras, y te garantiza que ocurrieron justamente como le pidas... (De hecho, yo me acabo de vender a mí mismo la historia de Billy Bradshinkel.) Una frase del geniecillo de la lámpara japonesa hace las veces de banda sonora de la historia: «Sólo soy un viejecito que te cambia viejos sueños por sueños nuevos.» ¡Ah, qué demonios! Que se la den a Truman Capote.

Otro recuerdo viejo, pero verdadero. Todos los domingos, a la hora de

comer, mi abuela exhumaba a su hermano, que se había matado cincuenta años antes saltando una cerca con la escopeta, que se le disparó y le voló el pecho en pedazos.

«Siempre me acuerdo de mi hermano. Era un chico encantador. Es odioso que los chicos anden por ahí con armas de fuego.»

Así que todos los domingos a la hora de comer teníamos a aquel muchacho tirado junto a la cerca de madera, rodeado de sangre que se deslizaba por la tierra roja y arcillosa y congelada de Georgia y se iba filtrando por entre los rastrojos.

Y luego estaba la señora Collins, pobre anciana, esperando que maduraran sus cataratas para que le pudieran operar del ojo. ¡Ah, Dios! ¡Esas comidas de domingo en Cincinnati!

25 de enero de 1953

Hotel Mulvo Regis, Bogotá

Querido Al.

Bogotá está en una meseta rodeada de montañas. La hierba de la sabana es de color verde brillante, y aquí y allá se yerguen monolitos precolombinos de piedra negra entre la hierba. Una ciudad triste y sombría. Mi habitación de hotel es un cubículo sin ventanas (las ventanas son un lujo en Sudamérica), con paredes de contrachapado verde, y la cama me queda corta.

Me pasé mucho tiempo sentado en esa cama, paralizado, de bajón. Luego salí a darme una vuelta. El aire era frío y cortante, y me fui a tomarme una copa, dándole gracias a Dios por no haber llegado enfermo de jaco a esta ciudad. Me tomé unas copas y volví al hotel, donde un camarero feo y medio raro me sirvió una cena que me resultó indiferente.

Al día siguiente fui a la universidad a recoger información sobre la ayahuasca. Todas las ciencias están agrupadas en lo que llaman el Instituto. Un edificio de ladrillo rojo, de pasillos polvorientos y despachos desprovistos de letreros, la mayoría de ellos cerrados con llave. Me abrí paso entre cajas y animales disecados y muestras botánicas. Todas esas cosas las andan moviendo continuamente de una sala para otra, sin ningún motivo aparente. De los despachos sale corriendo gente reclamando algún objeto del montón de basura del vestíbulo, para que se lo lleven otra vez a su despacho. Los bedeles están todos por ahí sentados encima de las cajas, fumando y saludando a todo el mundo, llamándole «doctor».

En una enorme sala polvorienta llena de muestras de plantas y de olor a formaldehído vi a un hombre buscando algo que no encontraba, con un aire de refinado fastidio. El tipo se percató de mi presencia.

–¿Qué habrán hecho con mis muestras de cacao? Era una especie nueva de cacao silvestre. ¿Y qué hace este cóndor disecado en mi mesa?

Tenía una cara enjuta y refinada, y llevaba gafas de montura de acero, una chaqueta de tweed y pantalones oscuros de franela. Boston y Harvard, sin ninguna duda. Se me presentó como el doctor Schindler. Estaba relacionado con la Comisión de Agricultura de los Estados Unidos.

Le pregunté por la ayahuasca.

–Ah, sí –me dijo–. Aquí tenemos muestras. –Luego, mientras echaba un último vistazo buscando sus plantas de cacao, añadió–: Venga conmigo y se las enseño.

Me enseñó una muestra seca de ayahuasca, que tenía pinta de ser una planta muy poco distinguida. Me dijo que sí, que él la había tomado.

–Vi colores, pero no tuve visiones.

Me dijo exactamente lo que iba a necesitar para el viaje, y adónde ir y con quién ponerme en contacto. Le pregunté por el asunto de la telepatía.

–Eso, por supuesto, son todo imaginaciones –me dijo.

Me comentó que, de todas las zonas en las que podría encontrar ayahuasca, el Putumayo probablemente fuera la de más fácil acceso.

Me tomé unos días para preparar mis cosas y tomarle el pulso a la capital. Para un viaje a la jungla necesitas medicinas: el antídoto contra las mordeduras de serpiente, la penicilina, el enterovioformo y la cloroquina son indispensables. Y luego una hamaca, una manta y un saco encauchado que llaman *tula*, para llevar tus cosas.

Bogotá está muy alta, y es fría y lluviosa; un frío húmedo que se te mete dentro como la destemplanza interior de la abstinencia. En Bogotá, más que en cualquier otra ciudad que haya visto en Latinoamérica, sientes el peso muerto de España, sombrío y opresivo. Todo lo oficial lleva el sello «Made in Spain».

Tuyo,

William

30 de enero

Hotel Niza, Pasto

Querido Al:

Cogí el autobús a Cali porque el autoferro estaba completamente reservado desde hacía días. La policía nos paró varias veces por el camino para registrar a todos los viajeros. Yo llevaba una pistola en mi equipaje, escondida debajo de las medicinas, pero se limitaron a cachearme durante las paradas. Está claro que cualquiera que llevase armas se saltaría los controles o escondería las armas en algún sitio en el que no pudieran encontrarlas estos torpes policías. Lo único que consiguen con el actual sistema es fastidiar a los ciudadanos. No he conocido a nadie en Colombia que simpatice con la Policía Nacional.

La Policía Nacional es la guardia pretoriana del Partido Conservador (en el ejército hay un considerable porcentaje de liberales, y no es de fiar). El cuerpo (la P. N.) es la banda más unánimemente repulsiva de jóvenes que he visto en mi vida, querido. Parecen los desechos resultantes de la radiación nuclear. Hay miles de estos extraños jóvenes golfos en Colombia. Sólo una vez vi uno que hubiera considerado apetecible, y tenía pinta de no sentirse a gusto en el uniforme.

Si hay algo bueno que decir sobre los conservadores, yo desde luego no lo he oído. Son una minoría impopular de mierdosos malencarados.

La carretera discurre por entre puertos de montaña y desciende luego hasta la curiosa región central de Tolima, en los límites de la zona de guerra. Árboles y llanuras y ríos y más y más Policía Nacional. La población cuenta con algunas de las gentes más hermosas y más feas que he visto nunca. La mayoría de ellos no parecen tener mejor cosa que hacer que quedarse mirando el autobús y a los pasajeros, y especialmente al gringo. Se me quedaban mirando hasta que les sonreía o los saludaba con la mano, y luego me devolvían la típica sonrisa depredadora y desdentada con la que se encuentra todo norteamericano cuando viaja por América del Sur.

«Hola, Míster; ¿un cigarrillo?»

En un caluroso y polvoriento pueblo de carretera, donde paramos a tomar café, vi a un muchacho de delicados rasgos cobrizos, con una suave y bella boca de dientes separados que le asomaban de unas encías de intenso color rojo. Un buen mechón de fino cabello negro le caía por delante de la cara. Toda su persona

exudaba una dulce inocencia masculina.

En uno de los controles policiales conocí a un nacional que había combatido en Corea. Se abrió la camisa para enseñarme las cicatrices que recorrían su poco apetecible anatomía.

«Vosotros me caéis bien», me dijo.

Nunca me he sentido halagado por ese promiscuo aprecio por los norteamericanos. Lo encuentro insultante para la dignidad personal, y ninguno de estos enamorados de Norteamérica esconde nunca nada bueno.

A última hora de la tarde me compré una botella de coñac y me emborraché con el chófer del autobús. Esa noche me quedé en Armenia, y al día siguiente cogí el autoferro hasta Cali.

Rodeada de vegetación semitropical, con bambúes y bananos y papayos, Cali es una población relativamente agradable, con un buen clima. Aquí no te sientes tenso. Cali tiene una elevada tasa de delincuencia tradicional, no política. Hasta reventadores de cajas fuertes. (Las grandes organizaciones criminales son raras en Sudamérica.)

Me encontré con algunos antiguos residentes norteamericanos que me decían que el país se había ido al carajo.

«Aquí odian a muerte a los extranjeros. ¿Sabe por qué? Es todo ese rollo de la Point Four y de las buenas relaciones entre vecinos y la ayuda económica. Si le das algo a esta gente, enseguida piensan: "O sea que me necesita." Y cuanto más les das a los cabrones, más chulos se ponen.»

Esto me lo han dicho antiguos residentes norteamericanos por toda Sudamérica. No se les ocurre pensar que en todo esto hay un fondo mucho más elemental que las actividades de ayuda económica de la comisión Point Four. Es como lo que dicen los seguidores de Pegler, en los Estados Unidos: «El problema son los sindicatos.» Seguirían diciéndolo aunque estuvieran escupiendo sangre por culpa de la radiación nuclear. O convirtiéndose en crustáceos.

Seguí hasta Popayán en autoferro. Popayán es una tranquila población universitaria. Alguien me dijo que el lugar estaba lleno de intelectuales, pero yo no vi ninguno. Se respira una hostilidad curiosa y negativista en el ambiente. Estaba dando un paseo por la plaza principal y un hombre chocó conmigo, sin pedirme disculpas. Tenía una expresión ausente y catatónica en el rostro.

Estaba tomándome un café en una cafetería cuando se me acercó un joven con cara de judío asirio y se me empezó a enrollar con el cuento de lo bien que le caían los extranjeros, diciéndome que quería invitarme a una copa o por lo menos pagarme el café. A medida que hablaba iba resultando evidente que no le caían bien los extranjeros y que no tenía intención de invitarme a una copa. Pagué yo mismo el café y me marché.

En otra cafetería tenían montado una especie de juego parecido al bingo. De repente entró un tipo emitiendo curiosos grititos de hostilidad imbécil. Nadie levantó la vista del juego.

Delante de Correos había pasquines del Partido Conservador. Uno de ellos decía: «Campesinos, el ejército está luchando por vuestro bienestar. La delincuencia degrada al hombre, hasta que ya no puede vivir consigo mismo. El trabajo lo eleva hacia Dios. Coopera con la policía y con el ejército. *Sólo necesitan tu información.»* (La cursiva es mía.)

Es tu deber informar sobre la guerrilla, y trabajar, y saber estar en tu sitio y escuchar al cura. ¡Qué viejo timo! Como intentar vender el puente de Brooklyn. No hay mucha gente que se lo esté tragando. La mayoría de los colombianos son liberales.

Los de la Policía Nacional andan arrastrándose por todas las esquinas, torpes y cohibidos, esperando pegarle un tiro a alguien o hacer algo, lo que sea, menos quedarse ahí parados, bajo la hostil mirada de la población. Tienen un enorme furgón de color gris que anda dando vueltas por la población, sin ningún detenido dentro.

Salí caminando por una carretera polvorienta. A mi alrededor se extendía la campiña con sus verdes prados, sus vacas y ovejas y pequeñas granjas. Una vaca espantosamente enferma se había parado en el camino, cubierta de polvo. Junto a la carretera, un altarcillo en una urna de cristal. Los horrendos rosas y azules y amarillos del arte religioso.

Vi un cortometraje sobre un sacerdote de Bogotá que lleva una fábrica de ladrillos y construye casas para los trabajadores. El corto te saca al cura acariciando ladrillos y dándoles palmadas en la espalda a los obreros y largándose el rollo del viejo timo católico. Un hombre delgado, de ojos neuróticos y turbados. Finalmente echaba un sermón que venía a decir que allá donde haya progreso social o buenas obras o cualquier cosa buena te encontrarás a la Iglesia.

Su sermón no tenía nada que ver con lo que realmente estaba diciendo. No

cabían dudas sobre la neurótica hostilidad de su mirada; el miedo y el odio a la vida. Te lo veías allí sentado, en su negro uniforme, expuesto como abogado de la muerte en toda su desnudez. Un empresario sin la motivación de la avaricia; su cancerosa actividad, estéril y asoladora. Fanatismo sin fuego ni energía, exudando un rancio hedor de putrefacción espiritual. Parecía enfermo y sucio –aunque supongo que de hecho iba bastante limpio–, con una presencia que sugería dientes amarillos, ropa interior sin lavar y problemas psicosomáticos de hígado. Me pregunto qué clase de vida sexual podría llevar.

Otro corto nos mostró un mitin del Partido Conservador. Todos parecían coagulados, como una costra congelada que recubriera el país. El público permanecía sentado en el más absoluto silencio. Ni un murmullo de aprobación ni desacuerdo. Nada. Propaganda descarada que se desplomaba en medio del silencio muerto.

Al día siguiente cogí un autobús para Pasto. Durante el viaje iba sintiendo en el estómago el impacto físico de la depresión y el horror. Altas montañas nos rodeaban por todas partes. Los habitantes nos echaban vacuas miraditas desde sus cabañas de techos de barro, los ojos enrojecidos por el humo. El hotel lo llevaban unos suizos, y resultó ser excelente. Me di un paseo por el pueblo. La población era fea y andrajosa. Cuanto mayor era la altitud, más feos se ponían los ciudadanos. Ésta es una zona de lepra. (La lepra en Colombia es más frecuente en las zonas de alta montaña. En la costa, tienen tuberculosis.) Se diría que una de cada dos personas con las que me cruzaba tenía un labio leporino, o una pierna más corta que la otra, o un ojo cegado y purulento.

Me metí en una cantina y estuve bebiendo aguardiente y escuchando música de montaña en la gramola. La música esta tiene algo arcaico y extrañamente familiar, muy viejo y muy triste. Está claro que no es de origen español, pero tampoco es oriental. Música pastoril que tocan con instrumentos de bambú que parecen primitivas flautas traveseras, quién sabe si etruscas. He oído música parecida en los montes de Albania, donde quedan restos raciales ilíricos. Te transmite una especie de nostalgia filogenética; ¿de la Atlántida, quizá?

Detrás de la barra vi lo que en un principio me pareció un muchacho atractivo de catorce años o así (el lugar estaba en penumbra, debido a un corte parcial de luz). Me acerqué a echarle un vistazo más de cerca y vi una cara vieja, un cuerpo hinchado de pulpa y agua como un melón podrido.

En la mesa de al lado había un indio buscándose algo en los bolsillos, los dedos entumecidos por el alcohol. Tardó varios minutos en sacar unos billetes arrugados; lo que mi abuela, que era una enérgica prohibicionista, solía describir

como «dinero sucio». El tipo me vio y me ofreció una sonrisa retorcida y rota, como diciendo: «¿Qué le voy a hacer?»

En un rincón un indio joven estaba manoseando a una puta, una mujer fea, de cara bestial y descompuesta, que llevaba el sucio vestidillo rosa característico de la profesión. Al final se quitó al indio de encima y se marchó. El indio se quedó mirándola en silencio, sin enfado. La mujer se había marchado y no había nada que hacer. Se acercó al borracho y le ayudó a levantarse y salieron juntos dando tumbos, con esa triste y dulce resignación del indio montañés.

Schindler me había dado una carta de presentación para un alemán que regenta una bodega de vinos en Pasto. Lo encontré en una sala llena de libros, caldeada por dos estufas eléctricas. La primera señal de calefacción que había visto en Colombia. Tenía una cara enjuta y estragada, una nariz afilada, labios caídos y boca de yonqui. Estaba muy enfermo. Mal del corazón, mal de los riñones, la tensión por las nubes.

–Y yo, que solía ser más duro que las piedras... –me comentó con voz lastimera–. Lo que quiero hacer es ir a la Clínica Mayo. Un médico de aquí me puso una inyección de yodo que me desgració el metabolismo. Si como cualquier cosa con sal se me hinchan los pies. Se me ponen así de grandes.

Sí, conocía bien el Putumayo. Le pregunté por la ayahuasca.

–Sí, envié una muestra a Berlín. La analizaron y me dijeron que el efecto es idéntico al del hachís... Hay un insecto en el Putumayo, no recuerdo ahora cómo lo llaman, que es como un saltamontes grande, y tiene un efecto afrodisíaco tan fuerte que como se te pose encima y no consigas inmediatamente una mujer te mueres. Los he visto correr por ahí pajeándose después de entrar en contacto con el bicho... Tengo uno guardado en alcohol en algún sitio... No, ahora que lo pienso, se perdió cuando me mudé aquí, después de la guerra... Otra cosa sobre la que he estado intentando conseguir información... es una hoja de parra que la masticas y se te caen los dientes.

–Justo lo que viene bien para gastarles una broma a los amigos –le dije.

La criada nos trajo té y *pumpernickel* con mantequilla dulce en una bandeja.

–Odio este lugar, pero ¿qué va uno a hacer? Tengo aquí mi negocio. Mi mujer. Estoy atrapado.

Dentro de unos días saldré para Mocoa y el Putumayo. No te escribiré desde allí, porque a partir de Pasto el servicio de correo es muy poco fiable. Las cartas las

suelen llevar voluntarios en autobuses y camioneros. Se pierden más de las que llegan. Esta gente desconoce el concepto mismo de la responsabilidad.

Tuyo,

Willy Lee

28 de febrero de 1953

Hotel Niza, Pasto

Querido Allen:

Voy de regreso a Bogotá sin haber conseguido nada. Me han timado los chamanes (el más incorregible borracho, mentiroso y vago del pueblo suele ser el chamán), me han metido en la cárcel, y me ha dado el palo un buscavidas local (creí que me iba a comer ese inocente culito montañés, pero el chaval ya se había acostado con seis trabajadores petrolíferos norteamericanos, un botánico sueco, un etnógrafo holandés, un padre capuchino conocido en la localidad como la Madre Superiora, y un trotskista boliviano que anda en busca y captura; aparte de haberle dado conjuntamente por el culo la Comisión del Cacao y la Point Four). Finalmente, caí víctima de la malaria. Te relataré los hechos en orden más o menos cronológico.

Cogí un autobús para Mocoa, que es la capital del Putumayo y la última parada de la línea, porque es donde se acaba la carretera. Desde allí tienes que seguir en mula o en canoa. Por algún motivo estas poblaciones donde se acaba la carretera son siempre lugares espantosos. Cualquiera que espere aprovisionarse en ellos se encontrará con que en las tiendas no tienen nada de lo que necesita. Ni siquiera citronela; y en estos pueblos de final de la línea nadie sabe nunca nada de la selva.

Llegué a Mocoa a última hora de la noche y me bebí un horrendo refresco colombiano bajo la mirada suspicaz de un policía nacional que no acababa de decidir si quería interrogarme o no. Al final se levantó y se marchó y yo me fui a la cama. La noche era fresca, más o menos como en Puyo, otro horroroso pueblo de final de la línea.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me empezó a entrar el bajón antes siquiera de levantarme de la cama. Miré por la ventana. Empedrado, calles embarradas y edificios de una sola planta, tiendas en su mayoría. Nada fuera de lo normal, pero en toda mi experiencia de viajero –y he visto lugares más espantosos todavía– ningún sitio me ha deprimido tanto como Mocoa. Y no sé exactamente por qué.

Mocoa tiene unos 2.000 habitantes y sesenta policías nacionales. Uno de ellos anda paseándose todo el día por las cuatro calles del pueblo a bordo de una moto.

Puedes oírle desde cualquier rincón de la población. Hay radios en todas las cantinas, con altavoces subidos de volumen, emitiendo horribles ruidos disonantes (en Mocoa no tienen gramolas en las que puedas seleccionar lo que tú quieres oír). La policía tiene una banda de música que sale a dar la vara tres o cuatro veces al día, empezando a primera hora de la mañana. No vi ningún indicio de desorden público en el pueblo, que está bien lejos de la zona de guerra. Pero un aire de tensión irresuelta e irresoluble flota en el ambiente; las fuerzas del orden despliegan todos sus medios para sofocar una revuelta que no acaba de producirse. Mocoa es El Final de la Línea. Como una partida que ha quedado en tablas, con el poli dando vueltas y vueltas en la moto para el resto de la eternidad.

De Mocoa seguí hasta Puerto Limón, que está unos 45 kilómetros más allá. A Puerto Limón se puede llegar en camioneta. Allí localicé a un indio inteligente, y en cuestión de diez minutos ya tenía una planta de ayahuasca. Pero el indio no sabía cómo preparar el brebaje, que es asunto exclusivo del brujo (el chamán).

Al viejo farsante borracho del chamán me lo encontré canturreando sobre el cuerpo tendido de un hombre evidentemente enfermo de malaria. (Puede que estuviera exorcizando los malos espíritus de su paciente para traspasárselos al gringo. El caso es que dos semanas después caí yo víctima de la malaria.) El brujo me dijo que tenía que estar medio cocido para practicar su magia y curar a la gente. El elevado precio de la bebida resultaba prohibitivo para los enfermos, y el hombre no se estaba pudiendo emborrachar como era debido. Le compré medio litro de aguardiente, y a cambio de otra botella de litro accedió a prepararme la ayahuasca. Al final acabó preparando medio litro de infusión en agua fría, después de hacerse con la mitad de la planta que le di, y no noté ningún efecto.

Esa noche tuve un sueño de vivos colores, en el que vi el verde de la selva y el rojo de la puesta de sol que había contemplado aquella misma tarde. También anduve por una ciudad que era como una mezcla de varios lugares conocidos, aunque no acababa de poder precisarlos con exactitud. Era una mezcla de Nueva York, Ciudad de México y Lima, que en ese momento todavía no conocía. Yo estaba parado en una esquina, junto a una calle ancha, llena de coches, y un inmenso parque de amplios horizontes que se extendía a lo lejos, más allá de la calle. No sé si mis sueños tuvieron algo que ver con la ayahuasca. Pero dicen que cuando tomas ayahuasca ves una ciudad.

Me pasé un día en la jungla con un guía indio para conocer aquello un poco y recoger yoka, una planta que los indios utilizan para combatir el hambre y la fatiga durante sus largos desplazamientos por la selva. De hecho, algunos la usan porque son tan vagos que no quieren molestarse ni en comer.

La selva del alto Amazonas tiene menos características desagradables que los bosques del Medio Oeste norteamericano en verano. Las moscas areneras y los mosquitos son los únicos parásitos dignos de mención, y te los puedes quitar de encima con insecticida. Yo en ese momento no tenía insecticida. Nunca me atacaron las garrapatas ni los ácaros mientras estuve en el Putumayo. Los árboles son gigantescos; algunos de ellos alcanzan los 60 metros de altura. Caminando bajo aquellos árboles percibía un silencio especial; una especie de zumbido vibrante y sordo. Vadeamos arroyos de agua clara (¿quién puso en circulación el cuento de que no se podía beber el agua de la selva? ¿Por qué no?).

Las plantas de yoka crecen en las tierras altas, que nos llevó cuatro horas alcanzar. El indio cortó una de las plantas y raspó una porción de la corteza interior del tallo con un machete. Luego deshizo la corteza en un poco de agua fría y me entregó la infusión en un vaso de hoja de palma. Sabía ligeramente amarga, pero no estaba mal. A los diez minutos sentí un hormigueo en las manos y un agradable acelerón, parecido al de la benzedrina, aunque no tan tenso. A la vuelta caminé sin parar durante las cuatro horas de recorrido por la jungla, y hubiera podido seguir andando durante otras cuatro.

Después de una semana en Puerto Limón me fui a Puerto Umbría en camioneta y luego bajé a Puerto Asís en canoa. Las canoas son de unos nueve metros de largo y llevan un motor fueraborda. Son el medio que habitualmente se utiliza para viajar en el Putumayo. Los motores están casi siempre averiados, porque la gente los desmonta y luego desecha las piezas que no considera necesarias. También economizan aceite, con lo cual los motores se les queman.

Llegué a Puerto Asís a las 10 de la noche y en cuanto me bajé de la canoa un policía federal quiso ver mis papeles. Te controlan más los papeles en zonas tranquilas como el Putumayo que en Villavicencio, que está en el borde de la zona de guerra. En el Putumayo no pasan ni cinco minutos sin que te pidan los papeles. Tienen la idea de que los problemas llegan de fuera a través de los extranjeros; sabe dios por qué.

Al día siguiente el gobernador, que parecía una subespecie degenerada de mono, encontró un error en mi tarjeta de turista. El cónsul de Panamá había puesto 52 en vez de 53 en el apartado correspondiente a la fecha. Intenté explicarle que se trataba de un error, lo cual quedaba claro mirando las fechas de mis billetes de avión, mi pasaporte y mis recibos, pero el hombre era tonto de remate. Creo que sigue sin entenderlo todavía. Así que el poli me registró el equipaje, aunque no vio la pistola. Pero decidió confiscarme los medicamentos. El inspector de sanidad había puesto su granito de arena diciendo que deberían analizar los medicamentos.

«Por el amor de Dios –pensé–. ¿Por qué no os vais a inspeccionar un retrete?»

Me informaron de que no podría marcharme del pueblo hasta que les llegara una decisión de Mocoa. Así que me quedé atrapado en Puerto Asís, sin otra cosa que hacer que andar todo el día tirado por ahí y emborracharme todas las noches. Había pensado subir en canoa por el río Guaymes y localizar a los indios kofa, que son reconocidos conocedores de la ayahuasca, pero el gobernador no me dejaba salir de Puerto Asís.

Puerto Asís es un típico pueblo fluvial del Putumayo. Una calle llena de fango que corre paralela al río, unas cuantas tiendas, una cantina, una misión donde los padres capuchinos se pegan la gran vida, y un hotel, llamado Putumayo, donde me hospedaba yo.

La patrona del hotel tenía pinta de ramera. Su marido era un hombre de unos cuarenta años, fuerte y vigoroso, pero de ojos derrotados. Tenían siete hijas, y cuando lo mirabas a él te dabas cuenta de que nunca tendría un hijo. No con esa mujer, por lo menos. Aquella camada de niñas se me metía continuamente en la habitación (no había puerta; sólo una delgada cortina), entre risitas, para mirarme mientras me vestía y afeitaba y cepillaba los dientes. Era una plasta. Y también fui víctima de pequeños hurtos idiotas; un catéter de mi botiquín, unos calzoncillos, pastillas de vitamina B.

Había un muchacho en el pueblo que le había servido una vez de guía a un naturalista norteamericano. El chico era el Señor Especialista de la localidad. Ese tipo de espécimen te lo encuentras por toda Sudamérica. Sabe decir «Hello Joe», «Okei» o «Fucky fucky». Muchos se niegan a hablarte en español, limitando así la conversación a la comunicación por señas.

Yo me había sentado en una vieja canoa hecha polvo que tienen puesta del revés, a modo de banco, en la calle principal de Puerto Asís. El chico se me sentó al lado y empezó a hablarme del Míster que coleccionaba animales: «Coleccionaba arañas, y escorpiones y serpientes.» A mí la letanía ya me estaba haciendo dormirme cuando le oí decir: «Y me iba a llevar con él a los Estados Unidos», y me desperté. «Díos mío –pensé–, el cuento de siempre.»

El chico sonrió, exhibiendo los huecos que tenía entre los dientes. Se me arrimó un poco más en el banco. Sentí que se me hacía un nudo en el estómago.

–Tengo una buena canoa –me dijo–. ¿Por qué no sube conmigo por el Guaymes? Conozco a todos los indios de por allí.

El chaval parecía el guía más ineficaz de todo el alto Amazonas, pero aun así le dije que sí.

Esa noche lo volví a ver delante de la cantina. Me rodeó los hombros con los brazos y me dijo: «Venga a tomarse un trago, Míster», mientras me deslizaba una mano por la espalda hasta tocarme el culo.

Entramos en la cantina y nos emborrachamos bajo la cansada mirada del camarero, y luego salimos paseando por el camino que recorre la jungla. Nos sentamos a la luz de la luna junto al camino, y el chico me metió el codo en la entrepierna y me dijo: «Míster». Y luego me soltó: «¿Cuánto me va a dar?»

Quería 30 dólares. Evidentemente se preciaba de ser un raro lujo en el alto Amazonas. Conseguí reducir la cantidad a 10 dólares, regateando con él en condiciones cada vez más desfavorables. Al final se las apañó para robarme 20 dólares y los calzoncillos (cuando me dijo que me quitara la ropa interior pensé: «Qué apasionado, querido»; pero lo único que quería eran los gayumbos).

A los cinco días de estar en Puerto Asís ya me estaba convirtiendo en todo un ciudadano, en calidad de inútil local. Mientras tanto iban llegando sepulcrales telegramas de Mocoa. «El caso del extranjero de Ohio se resolverá.» Y finalmente: «Devuelvan a Mocoa al extranjero de Ohio.»

Así que volví a subir por el río con el poli (técnicamente estaba detenido). En Puerto Umbría empezaron a entrarme escalofríos y fiebre. Llegamos a Mocoa un domingo; el comandante no estaba, así que su subordinado más inmediato ordenó que me encerraran en un cubículo de madera donde no había ni un cubo para mear. Me encerraron con todo mi equipo, sin registrarlo. Típicamente sudamericano. Podría haber tenido una metralleta escondida en mi equipaje. Me tomé un poco de cloroquina y me eché temblando bajo la manta. Al de la celda de al lado lo habían encerrado porque le faltaba no sé qué documento. Nunca llegué a enterarme exactamente de los detalles de su caso. A la mañana siguiente apareció el comandante y me llamaron a su despacho. Me dio la mano afablemente, les echó un vistazo a mis papeles, y escuchó mi explicación.

–Está claro que se trata de un error –dijo–. Este hombre queda en libertad.

Qué alivio encontrarse con un hombre inteligente en circunstancias así.

Regresé al hotel, me metí en la cama y llamé a un médico. El médico me tomó la temperatura y exclamó: «¡Caramba!» Luego me dio una inyección de quinina y extracto de hígado para contrarrestar una posible anemia secundaria. Yo

seguí tomando la cloroquina. Tenía unas pastillas de codeína, para controlar el dolor de cabeza de la malaria, así que me las fui tomando y me pasé tres días en la cama, dormido la mayor parte del tiempo.

Voy a volver a Bogotá, arreglar lo de mi tarjeta de turista y luego regresar aquí. Viajar en Colombia es difícil, incluso con los papeles totalmente en regla. Nunca he visto una policía tan ubicua e irritante. Se supone que tienes que dar parte a la policía vayas a donde vayas. Es de una estupidez imperdonable. Si fuera un liberal en activo, ¿qué podría hacer en Puerto Asís, aparte de intentar conquistar la población a punta de pistola?

Tuyo,

William

3 de marzo

Hotel Nueva Regis, Bogotá

Querido Al:

Bogotá tan horrible como siempre. Me arreglaron los papeles con la ayuda de la Embajada de los Estados Unidos. Tengo media idea de meterles un pleito a las autoridades panameñas por joderme la tarjeta de turista.

Me he unido a una expedición –en la que por supuesto desempeño un papel bastante vago e impreciso– formada por el doctor Schindler, dos botánicos colombianos y dos ingleses especialistas en plagas vegetales, pertenecientes a la Comisión del Cacao, y vuelvo al Putumayo en caravana. Te mandaré un informe completo de mi viaje en cuanto regrese a esta ciudad por tercera vez.

Tuyo,

Bill

15 de abril

Hotel Nueva Regis, Bogotá

Querido Al:

De nuevo en Bogotá. Tengo una caja llena de ayahuasca. La he tomado y sé más o menos cómo se prepara. Por cierto, puede que veas mi foto en *Exposure*. Cuando venía para acá me encontré con un reportero que iba para allá. Maricón, cómo no, pero tan poco apetecible como una canasta llena de ropa sucia. Me había pasado casi dos meses en la selva, pero ni aun así hubiera podido con él. El tipo está recorriendo el continente sudamericano a base de comida y transporte gratis, y exigiendo descuento cada vez que compra algo, con el rollo de que «tenemosdos-tipos-de-publicidad,-sabe-usted,-la-favorable-yla-desfavorable;-¿qué-clase-prefiere-que-le-hagamos,amigo?». Desvergonzado gorrón. Pero ¿quién soy yo para opinar?

Flashback: volví a hacer el mismo viaje, pasando por Cali, Popayán y Pasto, hasta Mocoa. Me resultó interesante observar que Mocoa les produjo el mismo efecto depresivo a Schindler y a los ingleses que el que me había producido a mí.

En este segundo viaje me trataron como un monarca en visita oficial. Se creían que era un representante de la Texas Oil Company que andaba viajando de incógnito. (Desplazamientos gratis en barco y avioneta; papeo gratis en el comedor de oficiales; alojamiento en casa del gobernador.)

Los de la Texas Oil Company estuvieron haciendo prospecciones en la zona hace algunos años, pero no encontraron petróleo y se marcharon. Pero en el Putumayo todo el mundo cree que la Texas Company va a volver. Como la segunda venida de Cristo. El gobernador me dijo que la Texas había sacado dos muestras petrolíferas a 120 kilómetros de distancia entre sí, de modo que había una reserva de petróleo de 120 kilómetros de extensión por debajo de la zona de Mocoa. Esa misma historia ya la oí una vez en una zona perdida del este de Texas, donde la compañía petrolífera hizo prospecciones y no encontró petróleo y se marchó. Sólo que en Texas hablaban de una reserva de petróleo de 1.500 kilómetros. La historia esta de las ciudades-milagro recorre el mundo como la reserva de petróleo. Sacan una muestra en cualquier sitio y siempre es el mismo rollo. Y el gobernador se cree que van a construir un ferrocarril de Pasto a Mocoa, y un aeropuerto. De hecho, toda la región del Putumayo va para abajo. El negocio del caucho está acabado; el cacao, devastado por las plagas; la rotenona ni se cotiza

desde la guerra; y la tierra es mala, y en cualquier caso no hay medios para exportar lo que produce. Pero así es como funciona la psicofrenia contemporizadora de los paladines de pueblo. Cualquier día los vamos a ver trepando por los montantes y excavando túneles por debajo de las puertas.

Varias veces, estando borracho, se lo dije a más de uno: «Mira, aquí no hay petróleo. Por eso se marcharon los de la Texas. Y no van a volver. ¿Comprendes?» Pero se negaban a creerme.

Fuimos a visitar a un alemán que tenía una finca cerca de Mocoa. Los británicos se marcharon a buscar cacao silvestre con un guía indio. Le pregunté al alemán por la ayahuasca.

–Sí, claro –me dijo–. Todos mis indios la toman.

Media hora más tarde, tenía en mi poder una planta de diez kilos de ayahuasca. Nada de peregrinaciones por la selva virgen ni de viejos personajes de pelo blanco diciéndome: «Te estaba esperando, hijo mío.» Un afable alemán, a tan sólo diez minutos de Mocoa.

El alemán también me concertó una cita para tomar ayahuasca con el brujo local (en ese momento yo no tenía ni idea de cómo prepararla).

El chamán tenía unos setenta años, y una cara redonda y suave como la de un bebé. Tenía el aire de astuta docilidad de un viejo yonqui. Estaba oscureciendo cuando llegué a su choza de paja y suelo de tierra, a la hora convenida para tomar la ayahuasca. Lo primero que hizo fue preguntarme si había llevado algo de beber. Saqué un litro de aguardiente de la mochila y se lo pasé. Echó un buen trago y le pasó la botella a su ayudante. Yo no bebí, porque quería sentir los efectos de la ayahuasca con toda su intensidad. El brujo depositó la botella en el suelo, a sus pies, y se acuclilló junto a un cuenco posado en un trípode. Detrás del cuenco había un altarcillo con una imagen de la Virgen, un crucifijo, un ídolo de madera, plumas y paquetitos atados con lazos. El brujo se quedó en cuclillas durante mucho tiempo, sin moverse. Le pegó otro trago a la botella. Las mujeres desaparecieron tras un biombo de bambú y no se las volvió a ver. El brujo empezó a canturrear sobre el cuenco. Distinguí las palabras *yagué pintar*, repetidas una y otra vez. Luego sacudió una pequeña escoba sobre el cuenco mientras emitía sonidos sibilantes. Eso lo hacía para alejar a los malos espíritus que podrían meterse en la ayahuasca. Echó otro trago, se limpió la boca y siguió canturreando. A un brujo no le puedes meter prisa. Finalmente, destapó el cuenco y recogió una pequeña cantidad de líquido más o menos negro en un sucio vaso de plástico rojo que me pasó para que bebiera. El líquido tenía un aspecto aceitoso y fosforescente. Me lo bebí de un

trago. Noté un sabor amargo en la boca, como el que precede a un ataque de náuseas. Le devolví el vaso, y el chamán y su ayudante bebieron también.

Me quedé allí sentado, esperando algún tipo de reacción, y casi inmediatamente sentí el impulso de decir que no era bastante, que necesitaba más. Ese impulso inexplicable ya lo he notado en las dos ocasiones en que me he metido sobredosis de caballo. Las dos veces, antes de que el chute me hiciera efecto, dije lo mismo: «No era bastante. Necesito más.»

Roy me contó una vez que un tipo que acababa de salir de la cárcel, totalmente limpio, casi se le muere en su habitación. «Tan pronto como se metió el chute, me dijo: "No era bastante." Y se desplomó en el suelo. Lo saqué a rastras al pasillo y llamé a una ambulancia. El tipo sobrevivió.»

En cuestión de dos minutos sentí que me arrastraba una oleada de vértigo, y la choza empezó a girar alrededor de mí. Era como cuando te anestesian y empiezas a dormirte, o cuando estás muy borracho y te acuestas y te da vueltas la cama. Empecé a ver fogonazos azules delante de los ojos. La choza adquirió un aspecto arcaico, como de los Mares del Sur, con cabezas de la Isla de Pascua talladas en las columnas de madera. El ayudante del brujo andaba pululando por ahí fuera, con la evidente intención de asesinarme. Sentí que me golpeaba un súbito y violento acceso de náuseas y salí corriendo por la puerta, tan deprisa que choqué con el marco. Noté el golpe, pero no sentí dolor. Casi no podía andar. Ausencia total de coordinación. Tenía los pies como bloques de madera. Vomité violentamente, apoyado en un árbol, y caí al suelo, inerme y derrotado. Estaba completamente insensible, como cubierto de capas de algodón. Luché por disipar aquel vértigo que me insensibilizaba. Una y otra vez me repetía: «Que se me pase, que se me pase.» Una incontrolable estupidez mecánica se apoderó de mí. Hebefrénicas repeticiones sin sentido. Seres larvarios desfilaban ante mis ojos envueltos en una neblina azul, emitiendo graznidos obscenos y burlescos (más tarde identifiqué los graznidos como el croar de las ranas); debí de vomitar seis veces. Estaba a cuatro patas, convulsionado por espasmos de náusea. Oía las arcadas y los gemidos como si procedieran de otra persona. Estaba tirado junto a una roca. Debieron de pasar horas. El chamán estaba de pie delante de mí. Le miré durante un rato largo antes de poder creerme que realmente estaba allí, y que me decía: «¿Quiere entrar en la casa?» Le dije que no, y se encogió de hombros y volvió a la choza.

Los brazos y las piernas se me empezaron a sacudir descontroladamente. Eché mano del nembutal, con los dedos tan insensibles que parecían de madera. Debí de tardar diez minutos en abrir el frasco y sacar cinco cápsulas. Tenía la boca seca, pero me tragué las pastillas, masticándolas como pude. Los espasmos

convulsivos fueron remitiendo lentamente y empecé a sentirme un poco mejor y regresé a la choza. Seguía viendo fogonazos azules. Me eché en el suelo y me cubrí con una manta. Tenía escalofríos como los de la malaria. De repente, sentí una intensa somnolencia. A la mañana siguiente ya estaba bien, aparte de una sensación de languidez y ligeras náuseas residuales. Le pagué al brujo y me volví al pueblo.

Ese día bajamos todos a Puerto Asís. Schindler se quejaba continuamente de que el Putumayo se había deteriorado en los últimos diez años. «Nunca había hecho una expedición botánica como ésta –decía–. Todo lleno de granjas y de *gente*. Tienes que caminar kilómetros para llegar a la selva.»

Schindler tenía dos ayudantes que le llevaban el equipaje, le cortaban árboles y le guardaban las muestras. Uno de ellos era un indio de la región del Vaupés, donde el método de preparación de la ayahuasca es diferente del método kofa del Putumayo. En el Putumayo los indios cortan las plantas en trozos de 20 centímetros, y utilizan unas cinco secciones por persona. Los trozos los machacan con una piedra y los hierven junto con un par de manojos de hojas de otra planta, que por lo que me han dicho llaman *ololiqui*. La mezcla se hace hervir todo el día con una pequeña cantidad de agua, y se reduce luego hasta obtener una porción de líquido concentrado.

En el Vaupés cortan un trozo de planta de aproximadamente un metro y la raspan hasta obtener dos grandes manojos de corteza. La corteza la remojan en un litro de agua fría durante varias horas, y luego van filtrando el líquido y lo van tomando en el transcurso de una hora. No le añaden ninguna otra planta.

Decidí probar un poco de ayahuasca preparada al estilo del Vaupés. El indio y yo raspamos la corteza de la planta con machetes (la corteza interior es la que más efecto hace). Al principio es blanca y pulposa, pero se vuelve casi inmediatamente roja en cuanto queda expuesta al aire. Las hijas de la patrona de la casa en la que estábamos nos miraban, señalando con el dedo y emitiendo risitas. Aquello violaba estrictamente el protocolo de preparación de ayahuasca del Putumayo. El brujo de Mocoa me había dicho que si una mujer está presente durante la fase de preparación, la ayahuasca se estropea al instante, y que cualquiera que la beba se envenenará, o como mínimo se volverá loco. El viejo rollo de que «las mujeres son seres sucios y en ciertas circunstancias hasta venenosos». Yo me dije que la ocasión era perfecta para someter a prueba el mito de la polución femenina de una vez por todas, con siete criaturas del otro sexo pegadas a mi espalda, metiendo palos en el brebaje, tocando la ayahuasca y riéndose.

La infusión de agua fría es de color rojo pálido. Esa noche me bebí un litro

en el transcurso de una hora. A excepción de algunos fogonazos azules y una ligera sensación de náusea –que no llegaba a provocarme vómitos–, el efecto era similar al de la marihuana. Vívidas imágenes mentales, efectos afrodisíacos, tontería y risitas. Con lo que tomé no sentí miedo, ni tuve alucinaciones ni perdí el control. Calculo que la dosis sería más o menos la tercera parte de lo que me dio el brujo.

Al día siguiente seguimos camino hasta Puerto Espina, donde el gobernador nos alojó en su casa. Es decir que colgamos nuestras hamacas en unos cuartos vacíos del último piso. Surgió cierta animadversión entre los colombianos y los británicos, porque los colombianos se negaban a levantarse temprano para salir de buena mañana, y los británicos empezaron a decir que la Comisión del Cacao estaba siendo saboteada por un par de «sudacas holgazanes».

Todos los días nos proponemos salir temprano hacia la selva. A eso de las 11, los colombianos terminan de desayunar (mientras los demás los hemos estado esperando desde las 8) y se ponen a buscar a un guía incompetente, a poder ser en alguna finca de los alrededores del pueblo. A la 1 o así llegamos a la finca, y nos pasamos otra hora almorzando. Luego los colombianos nos dicen: «Parece ser que la selva está lejos. A unas tres horas. Hoy no nos da tiempo a llegar.» De modo que regresamos al pueblo, y los colombianos van recogiendo un montón de plantas por el camino. «Mientras tengan algún matojo que recoger lo demás les importa un carajo», me dijo uno de los ingleses, tras una expedición a la finca más cercana.

Se suponía que desde Puerto Espina había un servicio de avioneta. Schindler y yo ya queríamos volver a Bogotá, así que allí nos quedamos, en Puerto Espina, esperando la avioneta. Y el que llevaba aquello no tenía ni radio ni manera alguna de enterarse de cuándo llegaba, si es que llegaba.

–No os preocupéis, muchachos –nos dice–. Fijo que cualquier día levantáis la vista y os veis la *Catalina* entrando por encima del río, brillando bajo el sol como un pez de plata.

Yo le dije a Doc Schindler:

–Nos podríamos hacer viejos y volvernos inútiles, aquí sentados jugando al dominó, antes de que llegue ninguna maldita avioneta. Y el río está creciendo de un día para otro, y de todas formas ¿cómo vamos a volver por el río si no hay un motor en Puerto Espina que funcione?

(Los propietarios de los mencionados motores se pasan la vida haciéndoles ajustes y desmontándolos y desechando las piezas que no consideran

indispensables, de modo que nunca funcionan. Aunque los dueños de las canoas tienen cierta pericia, y se las suelen arreglar para hacerle algún apaño al motor y conseguir que dé un último tirón, nosotros teníamos que viajar río arriba. Cuando se trata de viajar río abajo al final siempre llegas a tu destino, con motor o sin él; pero para subir por el río necesitas algún medio de propulsión.)

Sí, claro, al principio te parece romántico, pero espera sentado cinco días hasta que se te quede el culo pelado, durmiendo en chozas indias y comiendo hierba y pedazos de ni se sabe qué innominable carne que parece el páncreas ahumado de un perezoso de dos dedos, mientras los oyes tocándote los huevos toda la noche con uno de los putos motores –lo tienen atornillado en el porche– («buuuuurt... ut... espluuuu... ut»), y sin poder pegar ojo, con los ruidos del motor arrancando y apagándose toda la noche, y luego se pone a llover. Mañana el río habrá crecido un poco más.

Así que le digo a Schindler:

–Doc, saldré flotando hasta el Atlántico antes de que subamos por ese puto río.

Y él me dice:

–Bill, no me he tirado quince años en este jodido país, y perdido todos los dientes trabajando para la Administración, sin aprender algunas cosas. Mira, un poco más abajo, en Puerto Leguizamo, tienen aviones militares, y da la casualidad de que el comandante está *latah*.

(*Latah* es un término que describe una condición que se da en el sudeste asiático. Aunque por lo demás es normal, quien está *latah* no puede evitar hacer cualquier cosa que le digas, una vez que has conseguido atraer su atención tocándole o llamándole por su nombre.)

De modo que Schindler se marchó a Puerto Leguizamo mientras yo me quedaba en Puerto Espina, esperando que los de la Comisión del Cacao me llevaran con ellos. Todos los días veía al representante de la agencia de avionetas, y el tipo me soltaba el mismo rollo. Me enseñó una cicatriz horrorosa que tenía en la parte de atrás del cuello. «Machete», me dijo. Algún desesperado ciudadano, sin duda, que se volvió majara esperando una de sus avionetas.

Los colombianos y los de la Comisión del Cacao se marcharon San Miguel arriba y yo me quedé solo en Puerto Espina. Comía en la casa del comandante. Comida espantosa y grasienta. Arroz y plátanos fritos tres veces al día. Empecé a

esconderme los plátanos en el bolsillo y a deshacerme luego de ellos. El comandante no paraba de decirme lo mucho que a Schindler le gustaba su comida (ese Schindler los tiene bien calados, a los sudamericanos. No veas la labia que se gasta). ¿Que si me gustaba a mí? «Magnífica», le decía, con voz entrecortada. No bastaba con que me comiera su grasienta comida. Encima tenía que decirle que me gustaba.

El comandante sabía, por Schindler, que yo había escrito un libro sobre la «marijuana». De vez en cuando adivinaba un destello de suspicacia en sus apagados ojos ictéricos.

–La marijuana provoca una degeneración del sistema nervioso –me dijo, alzando la vista de su plato de plátanos fritos.

Le dije que debería tomar vitamina B1 y me miró como si le hubiera recomendado un narcótico.

El gobernador empezó a considerarme con fría reprobación porque uno de los bidones de gasolina de la Comisión del Cacao le había manchado el porche. Me temía que en cualquier momento me iba a echar de su mansión.

Los de la Comisión del Cacao y los colombianos regresaron de su periplo por el San Miguel definitivamente distanciados. Parece ser que los colombianos habían dado con una finca y se habían pasado tres días allí, pululando en pijama por el lugar. En ausencia de Schindler, yo era el único posible amortiguador entre las dos facciones, cada una de las cuales sospechaba que pertenecía secretamente a la otra (los colombianos me habían prestado una escopeta, pero me desplazaba de un sitio a otro en la canoa de la Comisión del Cacao).

Seguimos viaje por el río hasta Puerto Leguizamo, donde el comandante nos alojó en un cañonero anclado en el Putumayo. De hecho, no tenía cañones. Creo que era el barco hospital.

El barco estaba viejo y oxidado. El sistema de agua corriente no funcionaba y el váter estaba en condiciones indescriptibles. Los colombianos se toman las cosas con relajo. No me hubiera sorprendido ver a alguien echar una cagada en cubierta y luego limpiarse el culo con la bandera. (Esto último tiene que ver con un sueño que me vino en inglés del siglo XVII. «Los delegados ingleses y franceses hicieron sus necesidades en el suelo, y tras rasgar en tiras el Tratado de Sevilla procedieron jubilosamente a limpiarse el trasero con él, visto lo cual el delegado español se retiró de la conferencia.»)

Puerto Leguizamo se llama así en honor a un soldado que se distinguió durante la guerra con el Perú, en 1940. Le pregunté sobre el asunto a uno de los colombianos y asintió con la cabeza.

–Sí –me dijo–. Leguizamo fue un soldado que hizo algo en la guerra.

–¿Qué hizo?

–Bueno, hizo *algo*.

El lugar tiene pinta de haber sido devastado por una reciente inundación. Maquinaria oxidada, abandonada por aquí y por allá. Aguas pantanosas en pleno centro de la población. Calles sin alumbrado, en las que te hundes en el barro hasta las rodillas.

Hay cinco putas en el pueblo, sentadas ante los muros azules de las cantinas. Los críos de Puerto Leguizamo se congregan alrededor de ellas con la concentración inmóvil de gatos de callejón. Las putas se quedan ahí sentadas, bajo la luz pelada de solitarias bombillas eléctricas, entre el estruendo de la música de gramola, esperando.

Preguntando por los alrededores de Puerto Leguizamo, me enteré de que el uso de la ayahuasca es común tanto entre los indios como entre los blancos. Casi todo el mundo la cultiva en su propio jardín.

Después de una semana en Leguizamo cogí un avión a Villavicencio, y de allí me vine a Bogotá en autobús.

Así que aquí estoy, de nuevo en Bogotá. No había dinero esperándome (parece ser que mi cheque lo han robado), y me veo reducido al incómodo recurso de robar el alcohol que consumo del que tienen en el laboratorio de la universidad a disposición de los científicos visitantes.

Estoy extrayendo alcaloides de la planta de ayahuasca; un proceso relativamente sencillo, según las instrucciones proporcionadas por el Instituto. Mis experimentos con el extracto de ayahuasca no han sido concluyentes. No percibo fogonazos azules, ni experimento una agudización demasiado pronunciada de la imaginería mental. He notado efectos afrodisíacos. El extracto me produce sueño, mientras que la bebida preparada con la planta fresca es estimulante, y en dosis excesivas se convierte en un veneno convulsivo.

Todas las noches me meto en algún café, pido una pepsicola y le echo un chorro del alcohol del laboratorio. La población de Bogotá se pasa la vida en los

cafés. Los hay por todas partes y están siempre llenos. El uniforme habitual del parroquiano de café en Bogotá consiste en una gabardina y por supuesto traje y corbata. En Sudamérica un tío puede ir por ahí con el culo asomándole por los pantalones, pero siempre llevará corbata.

Bogotá es básicamente una ciudad provinciana; todo el mundo se preocupa por la ropa y por exhibir un aspecto que le permita pensar que tiene una ocupación responsable. Estaba yo sentado en uno de los mencionados cafés de altos vuelos cuando entró un muchacho vestido con un traje claro completamente sucio, pero con su deshilachada corbata de rigor, y me preguntó si hablaba inglés.

–Con soltura –le respondí.

El chico se sentó a mi mesa.

Era un antiguo empleado de la Texas Oil Company. Evidentemente maricón; rubio, de aspecto alemán y modales europeos. Fuimos a varios cafés. El chico me iba señalando gente.

–Ese de ahí –me decía– ya no quiere hablar conmigo desde que me quedé sin trabajo.

Y en efecto: las personas que me había indicado, todas ellas correctamente vestidas y de modales cuidadosos, miraban para otro lado, y en algunos casos pedían la cuenta y se marchaban. No creo que el chaval hubiera podido parecer menos maricón ni con un traje de 200 dólares.

Una noche estaba en un café frecuentado por liberales cuando entraron tres pistoleros, vestidos de civiles, gritando: «*¡Vivan los conservadores!*» Su obvia intención era la de provocar a alguien para poder pegarle un tiro. Uno de ellos, un hombre de mediana edad, era el típico bocazas. Los otros dos, que se sentaron y dejaron que su compañero se encargara de pegar los gritos, eran más bien jóvenes. Los clásicos machacas: chulillos callejeros rayando en delincuentes. Estrechos de hombros y con cara de ratoneros; la piel suave, tirante y roja, y los dientes en mal estado. Era casi de película. Los macarrillas andaban agachando la cabeza, como si les diera vergüenza. Me recordaron al tipo aquel del chiste: «Tengo que admitir que soy un poco hijo de puta.»

Todo el mundo pagó la cuenta y se marchó, dejando solo al bocazas, que se quedó allí gritando «*¡Viva el Partido Conservador!*» ante un auditorio vacío.

Tuyo,

5 de mayo

José Leal, 930, Lima

Querido Allen:

Te escribo desde Lima, que se parece lo bastante a Ciudad de México como para ponerme nostálgico. México es como mi casa y no puedo estar allí. Recibí una carta de mi abogado: sentenciado en rebeldía. Me siento como un romano exiliado de Roma. Tengo pensado hacer otra incursión por la selva, aquí en Perú, para reunir más material sobre la ayahuasca. Pero antes me pasaré unos días en Lima, tomándole el pulso a la ciudad.

Atravesé el Ecuador lo más rápidamente que pude. Qué sitio más espantoso. Complejo de inferioridad de pequeño país, en fase muy avanzada.

Miscelánea ecuatoriana: *Esmeraldas* caliente y húmedo como un baño turco lleno de buitres comiéndose un cerdo muerto en la calle principal y un negro rascándose las pelotas dondequiera que mires. El inevitable turco que lo compra y lo vende todo. Intentó estafarme con cada cosa que le compré. Me pasé una hora discutiendo con aquel hijo de puta. Y luego el griego de la agencia de viajes, con su camisa de seda sucia y sus pies descalzos, y su sucio barco que salió de Esmeraldas siete horas tarde.

En el barco hablé con un hombre que se conoce la selva de Ecuador como la punta del capullo. Parece ser que hay bandas de traficantes que hacen periódicas incursiones selváticas contra los aucas (una tribu de indios hostiles. Mataron a unos veinte empleados de la Shell en cosa de dos años) para raptar mujeres, que luego encierran y convierten en esclavas sexuales. Suena interesante. A lo mejor puedo yo raptar a un muchacho auca.

Tengo instrucciones muy precisas sobre cómo llevar a cabo una incursión contra los aucas. Es muy sencillo. Cubres las dos salidas de la casa auca y acribillas a tiros a todos los que no te quieras follar.

Cuando llegué a Manta, un tipo desharrapado, vestido con un suéter, empezó a abrirme las maletas. Creí que era un ladrón desvergonzado, y le pegué un empujón. Resulta que era un inspector de aduanas.

Al barco se le averió una hélice en Las Playas, a medio camino entre Manta y Guayaquil. Desembarqué a bordo de una balsa. Me detienen en la playa creyendo

que llegaba ilegalmente del Perú, arrastrado por la corriente de Humboldt, con un chico joven y un cepillo de dientes (viajo ligero de equipaje; sólo lo indispensable), y me conducen ante un viejo hijo de puta amojamado, el consumido y canceroso rostro visible del control estatal. El chaval que va conmigo no lleva papeles. Los polis le decían, con voz quejumbrosa y una y otra vez: «Pero ¿es que no tienes *ningún documento?»*

Conseguí salir del atolladero en media hora, usando el rollo de que «tenemos-dos-tipos-de-publicidad, sabe-usted,-la-favorable-y-la-desfavorable;-¿qué-clase prefiere?». En mi tarjeta de turista figuro como escritor.

Guayaquil. Todas las mañanas se oye, hinchándose en el aire, el grito de los chavales que venden Luckies en la calle: «*A ver*, Luckies.» ¿Seguirán diciendo «*A ver*, Luckies» dentro de cien años? Miedo pesadillesco a la estasis. Horror de verme finalmente *atascado* en este lugar. Este miedo me ha perseguido por toda Sudamérica. Una horrible sensación enferma de desolación final.

La Asia, un restaurante chino de Guayaquil, parece una combinación de fumadero de opio y casa de putas de 1890. Agujeros excavados por termitas en el suelo, lámparas sucias de color rosa con borlitas. Un balcón de madera de teca en estado de putrefacción.

El Ecuador está realmente en las últimas. Sería mejor que el Perú ocupara el país y lo civilizara para que un hombre pudiera disfrutar de algunos lujos. No conseguí acostarme con un solo chaval en Ecuador y no se puede comprar ningún tipo de droga.

Tuyo,

W. Lee

P.D. Conocí a un taxista *pocho* (el *pocho* es una especie que se da en México; una persona que vive allí, pero a la que no le gustan ni México ni los mexicanos). El taxista me dijo que era peruano, pero que no soportaba a los peruanos. En Ecuador y en Colombia nadie admite que le pase nada a su maldito país. Como la gente de provincias en los Estados Unidos. Recuerdo a un oficial del ejército, en Puerto Leguizamo, que me decía: «El noventa por ciento de la gente que viene a Colombia ya no se marcha de aquí.»

Hemos de suponer que quería decir que caían rendidos ante los encantos del lugar. Yo pertenezco al diez por ciento que nunca regresa.

Tuyo,

Bill

12 de mayo de 1953

Lima

Querido Allen:

He estado buscando, con éxito sonado, lo que un personaje de Waugh llama los «pequeños bistrós de perversión». Los bares de lo que llaman el Mercado Mayorista están tan llenos de chicos que desbordan las calles. Todos ellos entienden, y están dispuestos a rendirse ante el dólar yanqui –un dólar–; no he visto nada igual desde Viena, en el 36. Los cabroncetes, eso sí, te pegan el palo a la primera de cambio. Ya he perdido un reloj y 15 dólares. El reloj no funcionaba. Nunca he tenido uno que lo hiciera.

Anoche cogí un cuarto en un hotel, acompañado de un indio descalzo. El recepcionista y sus amigos se partían de risa (no creo que en los Estados Unidos un episodio semejante le hiciera mucha gracia al recepcionista de hotel habitual).

Conocí a un chico y fui con él a una sala de baile. Y allí en medio, en aquella bien iluminada y pacotillera sala de baile no de ambiente, me puso la mano en la polla. Así que yo le devolví el gesto, y nadie le dio la más mínima importancia. Luego intentó encontrar algo en mi bolsillo que le mereciera la pena robar, pero yo tenía el dinero prudentemente escondido en la cinta del sombrero. Todo este paripé, que quede claro, es totalmente amistoso, y sin la menor traza de violencia, ni abierta ni velada. Al final nos marchamos juntos de allí y cogimos un taxi, y él todavía me abrazó y me besó, y se me durmió en el hombro como un amoroso cachorrillo, pero insistió en bajarse cuando llegamos a su casa.

Que quede claro que estoy hablando del chico peruano *no maricón* más habitual. Puede que tirando a delincuente juvenil, pero sólo un poco. Son la gente menos amanerada que he conocido nunca. Cagan o mean donde les viene en gana. No tienen inhibición alguna a la hora de expresar sus sentimientos. Se abrazan unos a otros y se cogen de la mano. Si se acuestan con otro varón –y todos ellos lo hacen a cambio de dinero–, parece que hasta disfrutan. La homosexualidad, como demuestran los casi unánimes incidentes carcelarios, es sencillamente una posibilidad humana más; y nada que sea humano le resulta extraño o escandaloso a un sudamericano. Estoy hablando del mejor tipo de sudamericano; una raza especial, en parte india, en parte blanca y en parte sabe dios qué. No es, como uno en un principio tiende a pensar, fundamentalmente oriental, ni pertenece tampoco a Occidente. Es algo especial, diferente a todo lo demás. Ha sido reprimido por los

españoles y por la Iglesia católica. Lo que necesitamos es un nuevo Bolívar que termine el trabajo de verdad. En eso pienso yo que consiste básicamente la guerra civil colombiana: la división fundamental entre el Potencial Sudamericano y los Españoles Represores temerosos de la vida. Nunca me había sentido tan definitivamente a favor de una de las partes, e incapaz de ver un solo rasgo redentor en la otra. Sudamérica es una mezcla de cepas; todas ellas necesarias para alcanzar la forma potencial. Necesitan sangre blanca, tal como ellos la conocen –el Mito del Dios Blanco–; ¿y qué fue lo que les dieron? A los jodidos españoles. Aunque los españoles por lo menos tenían la ventaja de la debilidad. A los ingleses jamás los hubieran podido sacar de aquí. Los ingleses hubieran creado esa atrocidad conocida como el País del Hombre Blanco.

Sudamérica no obliga a la gente a convertirse en marginal. Puedes ser maricón, o drogadicto, y seguir manteniendo tu posición. Especialmente si tienes cierto nivel cultural y buenos modales. Aquí respetan profundamente la educación. En los Estados Unidos te tienes que convertir en un marginal o vivir en un estado de abulia insensibilizada. Hasta un hombre como Oppenheimer es un marginal, sólo que tolerado, porque resulta de utilidad. Que nadie se equivoque: *todos* los intelectuales son marginales en los Estados Unidos.

Hay un barrio chino muy grande. Creo que aquí se podría conseguir caballo. En Colombia y Ecuador nadie ha oído hablar de semejante cosa. Un poco de hierba entre los negros de la costa. Coca, pero sólo en forma de hoja, entre los indios.

Por cierto, que se suele ver bastante sangre en estos bistrós peruanos de perversión. Meterle al oponente un vaso roto en la cara es una práctica habitual. Aquí lo hace todo el mundo.

Abrazos,

Bill

23 de mayo

Lima

Querido Al,

Te adjunto una farsa[1] que me saqué de la manga. La idea me vino en un sueño del que me desperté riéndome.

Me robaron 200 dólares en cheques de viaje. No se pierde nada, en realidad, porque American Express te los reembolsa. Estoy recuperándome de un ataque de neuritis de pisco, y el médico me ha sacado una radiografía de los pulmones. Primero la malaria de Caquetá; luego, la gripe de Esmeraldas; ahora, la neuritis de pisco (el pisco es una bebida local. Parece ser que es veneno). No me puedo marchar de Lima hasta que se me cure la neuritis.

24 de mayo

Departamento de historias aburridas. Me han vuelto a robar. Las gafas y una navaja de bolsillo. Estoy perdiendo todos mis malditos objetos de valor en el servicio activo.

Ésta es una nación de cleptómanos. En toda mi experiencia como homosexual nunca había sido víctima de tantos estúpidos hurtos de objetos que no pueden resultarle de posible utilidad a nadie. Incluyendo las gafas y los cheques de viaje.

Mi problema es que comparto con el malogrado padre Flanagan –el de la Ciudad de los Muchachosla profunda convicción de que no existen los chicos malos.

Tengo que dejar la priva durante una temporada. Me tiembla tanto la mano que casi no puedo escribir. Voy a tener que cortar aquí.

Abrazos,

Bill

ROOSEVELT TRAS LA TOMA DE POSESIÓN

Inmediatamente después de la toma de posesión, Roosevelt apareció en el balcón de la Casa Blanca vestido con la túnica púrpura de un emperador romano, conduciendo un león desdentado y ciego que llevaba atado con una cadena de oro. Desde el balcón se dirigió a los electores como quien llama a los cerdos, gritándoles que vinieran a ocupar sus cargos. Los electores acudieron en tromba, gruñendo y chillando como buenos cerdos.

Un viejo marica, conocido por la policía de Brooklyn como Annie la Pajolera, fue nombrado jefe del Estado Mayor, con lo que los jóvenes oficiales a su cargo empezaron a ser sometidos a inenarrables humillaciones en los aseos del Pentágono. Con el fin de evitar esta situación, muchos de ellos instalaron letrinas de campaña en sus despachos.

El cargo de bibliotecaria del Congreso se lo dieron a una lesbiana travestida, que inmediatamente prohibió la entrada de hombres al recinto; un profesor mundialmente famoso de filología sufrió una rotura de mandíbula a manos de una viril tortillera cuando intentó entrar en la biblioteca. La biblioteca quedó reservada para orgías lesbianas, que la encargada bautizó como Ritos de las Vírgenes Creadas.

Un veterano mendigo fue nombrado secretario de Estado; olvidando la dignidad de su cargo, se dedicó a pedigüeñar monedas de cinco y diez centavos por los pasillos del Departamento de Estado.

Slim el del Metro, desvalijador de borrachos, asumió el cargo de subsecretario de Estado y jefe de Protocolo, y provocó la ruptura diplomática con Inglaterra cuando el embajador inglés «se le despertó» –término que los desvalijadores de borrachos utilizan para dar a entender que su víctima volvió en sí mientras le registraban los bolsillos– en un banquete celebrado en la embajada sueca.

Lonny el Chulo se convirtió en «embajador itinerante», y se marchó de gira, junto con cincuenta «secretarios», para ejercer su despreciable oficio.

Un transformista conocido como Eddie la Dama accedió a la jefatura de la Comisión de Energía Atómica, y organizó un coro masculino de físicos, que con el nombre de los Muchachos Atómicos empezó a ofrecer sus recitales.

En definitiva, toda una serie de ancianos caballeros, que habían encanecido y perdido los dientes sirviendo lealmente a su país, fueron despedidos

sumariamente y en los más groseros términos («Estás despedido, viejo chocho. Lárgate con tus almorranas a otra parte»). En muchos casos, se les expulsó físicamente de sus despachos. Quinquis e indeseables de la más baja ralea pasaron a ocupar los más altos cargos de la nación. A continuación mencionaremos tan sólo algunos de los nuevos y escandalosos nombramientos:

Secretario del Tesoro: Mike Pantopón, viejo heroinómano.

Jefe del FBI: el ex encargado de una sala de baños turcos, especialista en masajes poco éticos.

Fiscal general: un personaje conocido como el Visón; vendedor de condones usados y estafador de poca monta.

Ministro de Agricultura: Luke el Bagre, vago habitual de Villacoños, Alabama, que llevaba veinte años colocado de paregórico y extracto de limón.

Embajador del Reino Unido: Wilson Grasa de Ballena, que se financiaba los vicios dándoles el palo a fetichistas en tiendas de zapatos.

Jefe de Correos: el Niño de la Peste Amarilla, viejo yonqui y estafador venido a menos. Actualmente practica el llamado «timo de quitártela del ojo», que consiste en colocarle una falsa catarata en el ojo al salvaje («salvaje» es julay, en argot de estafadores). El truco más barato que se conoce.

Cuando el Tribunal Supremo desestimó algunas de las iniciativas legislativas perpetradas por esta vil pandilla, Roosevelt obligó a los miembros de ese augusto organismo, uno detrás de otro y bajo la amenaza de rebajarlos inmediatamente al grado de encargados de letrinas del Congreso, a copular con un mandril de culo morado. De modo que aquellos venerables y venerados caballeros se vieron forzados a someterse a los abrazos de un salaz simio gruñidor, mientras Roosevelt y la pelandusca de su esposa, junto con el veterano adulador Harry Hopkins, contemplaban el lamentable espectáculo y compartían una comunal cachimba de hachís entre obscenas risotadas. El juez Blackstrap sucumbió en el acto a una hemorragia rectal, pero Roosevelt se limitó a reírse, comentando groseramente: «Si hay algo que sobra, son magistrados.»

Hopkins, incapaz de controlarse, se retorcía por el suelo, presa de sicofánticas convulsiones, repitiendo una y otra vez: «Me matas, jefe. Me matas.»

Al juez Hockactonsvol el simio le arrancó las dos orejas a mordiscos. Cuando el juez presidente Howard P. Herringbone pidió ser excusado, alegando almorranas, Roosevelt le espetó brutalmente:

–No hay nada mejor para las almorranas que una polla de mandril por el culo. ¿No es así, Harry?

–Y que lo digas, jefe –contestó Harry–. Yo no uso otra cosa. –Y luego, volviéndose al juez–: Ya has oído lo que ha dicho. Pon tu carcomido culo en esa silla y muéstrale al simio visitante un poco de hospitalidad sureña.

A continuación, Roosevelt relevó de su cargo al juez Blackstrap, que fue dado de baja «por enfermedad», y nombró al mandril en su lugar.

–Ésa sí que es buena –dijo Hopkins, estallando en violentas carcajadas.

De modo que a partir de ese momento las sesiones del Tribunal se llevaron a cabo en presencia de un simio berreante, que cagaba y meaba y se masturbaba encima de la mesa, y que con cierta frecuencia se abalanzaba sobre alguno de los jueces y lo hacía picadillo.

«Está emitiendo un voto de protesta», decía entonces Roosevelt con una risita maliciosa.

Los puestos que de aquella manera iban quedando vacantes solían ser ocupados por simios, con lo que al cabo de un tiempo el Tribunal Supremo pasó a estar integrado por nueve mandriles de culo morado; Roosevelt, afirmando ser el único capaz de interpretar sus decisiones, se hizo así con el control del más alto organismo de justicia de la nación.

Roosevelt no tardó en eliminar las restricciones impuestas por el Congreso y el Senado. Soltó innumerables cangrejos y otras alimañas en ambas cámaras. Tenía un equipo de idiotas adiestrados, que ante una determinada señal irrumpían en los salones y cagaban en el suelo; y una serie de alborotadores pertrechados con instrumentos musicales de viento y mangueras antiincendios. Introdujo un sistema de reparaciones continuas. Un ejército de trabajadores tomó por asalto las cámaras, golpeando a los legisladores en la cara con sus tablones de madera, vertiéndoles alquitrán hirviendo por la cabeza, dejando caer herramientas encima de sus pies y saboteando su trabajo con el ruido de sus taladros de percusión. Finalmente, mandó instalar excavadoras en las diferentes dependencias, de tal manera que los legisladores más recalcitrantes fueron enterrados vivos o perecieron ahogados en la inundación que arrasó las cámaras cuando estallaron las cañerías. Los supervivientes intentaron proseguir con su labor en la calle, pero fueron detenidos por vagos y maleantes y condenados a trabajos forzados como cualquier otro delincuente común. Tras su puesta en libertad se les prohibió volver a ocupar sus cargos, debido a sus antecedentes penales.

Poco a poco, Roosevelt se fue abandonando a un comportamiento tan incontinente y vil que resulta vergonzoso describirlo. Instituyó una serie de concursos diseñados para promover los más bajos actos e instintos de los que es capaz la especie humana. Además de concursos como el de Actividades Reprobables y el de Tretas Sucias, se creó la Semana de Abusos a Menores, la Semana de Denuncia del Mejor Amigo –de la que quedaban descalificados los chivatos profesionales– y el codiciado título de Hombre más Infame del Año. Algunos candidatos de muestra: el yonqui que le robó un supositorio de opio a su abuela sacándoselo del culo; el capitán de barco que se disfrazó de mujer y se tiró de cabeza al primer bote salvavidas disponible; el policía de la brigada contra el vicio que acusaba falsamente a inocentes, tras colocarles una polla artificial en la bragueta.

Nuestra especie, tal como la conocemos, le inspiraba a Roosevelt un odio tan feroz que deseaba degradar al ser humano hasta hacerlo irreconocible. Sólo soportaba los comportamientos extremos. Todo lo que representara un valor promedio, como la mediana edad (que consideraba totalmente disociada de la edad cronológica), la clase media o los estamentos burocráticos, le repugnaba. Una de las primeras cosas que hizo fue quemar todos los archivos almacenados en Washington; miles de burócratas se lanzaron a las llamas.

«Haré que esos mamones se alegren de convertirse en mutantes», solía decir, con los ojos perdidos en el espacio, como si buscara nuevos horizontes de depravación.

18 de junio

Hotel Touriste Tingo María, Perú

Querido Allen:

Un hotel cómodo y bien administrado, al estilo de una residencia de montaña. Clima fresco. Vegetación selvática de alta montaña. En el hotel se aloja un grupo de peruanos distinguidos. Cada dos por tres, uno de ellos exclama: «¡Señor *Pinto!*» (el señor Pinto es el dueño del establecimiento). Es como una especie de comedia latinoamericana. Ven un perro, por ejemplo, y gritan «*¡Perro!*», y todos se ríen.

Estuve charlando con una maestra de escuela ligeramente desquiciada, de California, que masticaba con la boca abierta. El presidente visitó Tingo María coincidiendo con mi llegada. Un engorro terrible. No se podía comer nada hasta las 9, y acabé discutiendo con el camarero. Tuve que marcharme andando al pueblo, donde me sirvieron una cena grasienta.

Estoy atrapado aquí hasta mañana, tras seguir una pista falsa. Se suponía que me iba a encontrar con un individuo que tenía más información sobre la ayahuasca, pero resulta que se mudó hace cinco años. Ésta es una comunidad de campesinos; hay colonos yugoslavos e italianos, y una estación experimental de agricultura de los Estados Unidos que gestiona la Point Four. En mi vida he visto gente más aburrida. Estos pueblos de campesinos son horribles.

El sitio este me infunde los horrores de la estasis. Esta sensación de *localización*, de estar justamente donde estoy y en ningún otro lugar, es insoportable. ¿Qué pasaría si tuviera que quedarme a vivir aquí?

¿Has leído *El país de los ciegos*, de H. G. Wells? Es sobre un hombre que está atrapado en un país donde todos los demás habitantes son ciegos desde hace tantas generaciones que ya no saben lo que es la visión. El tío flipa.

«Pero es que yo *veo*, ¿no lo entendéis?»

Tuyo,

Bill

8 de julio

José Leal, 930, Lima

Querido Allen:

De vuelta en Lima, tras un viaje de tres días en autobús. Me pasé cinco días en Pucallpa, esperando para marcharme, pero la lluvia nos tenía atrapados y las carreteras estaban intransitables. El único vuelo que había estaba completamente reservado.

El teniente de navío hizo un grotesco striptease moral; se quitó el disfraz con armas y bagaje. Todo el mundo le gritaba que se comportara. Empezó a pellizcar al camarero, y por las mañanas, cuando yo pasaba por delante de su habitación, aparecía en la puerta con la polla tiesa y me decía: «Hola, Bill.» Hasta los otros peruanos estaban avergonzados.

El vendedor de muebles quería meterse en el negocio de la cocaína y hacerse rico y vivir en Lima y conducir un Cadillac. Ah, Dios. La gente se cree que lo único que tiene que hacer es meterse en negocios turbios y que se hará rica de la noche a la mañana. No se dan cuenta de que los negocios, turbios o legítimos, son la misma puta pesadilla. Y luego estaba el viejo alemán, que no paraba con lo del cuento del tesoro.

Me estaban volviendo loco con su ridícula cháchara y sus estúpidos chistes españoles. Me sentía como Rut en el campo de cebada. Cuando empezaron a decir que la literatura norteamericana no existía y que la inglesa era mala, perdí la compostura y les dije que la literatura española merecía estar en el retrete, colgada de un clavo junto con los catálogos atrasados de Montgomery Ward. Estaba temblando de ira y me di cuenta de lo mucho que me estaba afectando aquel lugar.

Conocí a un joven danés y tomamos juntos ayahuasca. Él la vomitó inmediatamente y a partir de ese momento empezó a evitarme; evidentemente pensaba que había intentado envenenarle y que de no haber sido por la rápida reacción de sus higiénicos intestinos escandinavos no se hubiera salvado. Nunca he conocido a un danés que no fuera aburrido.

Terrible viaje de regreso en autobús a Tingo María, donde me emborraché y tuve que ser conducido a la cama por un camionero muy mono.

En Huanaco me quedé dos días colgado. Un sitio espantoso. Me pasé los dos

días dando vueltas por ahí, sacando fotos e intentando capturar los montes secos y pelados, el viento en los álamos polvorientos, los parquecitos con estatuas de generales y cupidos, y los indios que pululaban por aquí y por allá, con ese particular aire de abandono tan sudamericano, masticando hojas de coca –se vende oficialmente en ciertas tiendas controladas– y sin hacer absolutamente nada. A las 5 de la tarde me tomaba unas copas en un restaurante chino, donde el dueño se hurgaba los dientes y repasaba las cuentas. Qué lúcidos son, y qué poco esperan de la vida. Yo diría que el tipo tenía pinta de yonqui, pero con los chinos nunca se sabe. Todos ellos son básicamente yonquis en su manera de ver la vida. Un chiflado entró en el bar y empezó a soltarnos un largo e incomprensible rollo. En la parte de atrás de la camisa llevaba escrita la cifra «$17.000.000». Se dio la vuelta y me la enseñó. Luego se acercó al dueño y empezó a sermonearle. El dueño siguió hurgándose los dientes. No exhibía ni desprecio ni curiosidad ni simpatía. Se limitó a seguir allí sentado, hurgándose una muela y sacándose de vez en cuando el palillo de la boca para echarle un vistazo.

Pasé por algunas de las zonas de mayor altitud del mundo. La gente tiene una curiosa apariencia mongola o tibetana. Un frío terrible.

La policía paró tres veces el autobús y ordenó bajarse a «todos los extranjeros» para tomarles los datos: número de pasaporte, edad, profesión. Todo ello pura formalidad. Ni rastro de sospecha o afán interrogatorio. ¿Qué harán con sus archivos? Usarlos como papel higiénico, supongo.

En Lima hacía un frío húmedo y deprimente. Fui al Mercado. Ya no había chicos por allí. Era desolador entrar en un bar de los que me solían gustar y encontrarme con que no había nadie que conociera ni quisiera conocer. La barra la habían desplazado, sin motivo aparente, de un lado a otro del local, los camareros habían cambiado, y no tenían nada en la gramola que quisiera escuchar (¿estaba en el mismo bar?). Todo el mundo se ha marchado y me he quedado solo en un lugar que no existe. La gente será más fea y estúpida cada noche que pase; la decoración, más espantosa; los camareros, más desagradables; la música, más chirriante; y así sucesivamente, como una película que se acelera hasta hundirse en una pesadilla de desintegración mecánica y cambio desprovisto de sentido.

Sí que vi en el Mercado a un chaval al que conocía de antes de marcharme de Lima. Parecía haber envejecido *varios años* (yo llevaba seis semanas fuera). Cuando lo conocí no bebía; me decía, con una tímida sonrisa, que no era más que un muchacho.

Ahora estaba borracho. Tenía una cicatriz debajo del ojo izquierdo. La toqué y le pregunté:

–¿Navaja?

–Sí –me contestó, sonriendo con ojos vidriosos e inyectados en sangre.

De repente sentí que me tenía que marchar de Lima cuanto antes. Esta sensación de urgencia me ha perseguido como mi propio culo por toda Sudamérica. De pronto siento que tengo que estar en un determinado sitio a una determinada hora (en Guayaquil saqué al cónsul peruano de su casa a deshoras para que me hiciera un visado y me pudiera marchar un día antes).

¿Adónde voy con tanta prisa? ¿Tengo una cita en Talara, Tingo María, Pucallpa, Panamá, Guatemala, Ciudad de México? No lo sé. De repente me tengo que marchar, ya mismo.

Abrazos,

Bill

10 de julio de 1953

Lima

Querido Allen:

Anoche tomé lo último que me quedaba del preparado de ayahuasca que me traje de Pucallpa. No tiene sentido transportarla a los Estados Unidos. No se conserva más que unos días. Esta mañana sigo colocado. Esto es lo que me pasó. La ayahuasca es un viaje en el espacio y en el tiempo. La habitación parece sacudirse y vibrar. La sangre y substancia de muchas razas –negra, polinesia, mongola montañesa, nómada desértica, polígota próximo-oriental, india–, de nuevas razas inconcebidas y nonatas, de combinaciones todavía inexistentes, pasan a través de tu cuerpo. Migraciones, viajes increíbles por selvas y montañas (estasis y muerte en cerrados valles de montaña, donde surgen plantas de la Roca, y enormes crustáceos eclosionan en tu interior, y rompen el cascarón del cuerpo), atravesando el Pacífico en una batanga hasta la Isla de Pascua. La Ciudad Compuesta donde todos los potenciales humanos se exhiben en un inmenso mercado silencioso.

Minaretes, palmas, montañas, selva. Un río aletargado lleno de voraces peces que bullen bajo el agua, vastos parques cubiertos de matojos, donde los muchachos se tumban en la hierba o practican crípticos juegos. Ninguna puerta está cerrada en la Ciudad. Cualquiera puede entrar en tu habitación en cualquier momento. El jefe de policía es un chino que se hurga los dientes y escucha las denuncias presentadas por un lunático. De vez en cuando el chino se saca el palillo de la boca y le echa un vistazo. Vagabundos de tersos rostros cobrizos pululan en los portales, haciendo girar cabezas disecadas que cuelgan de cadenas de oro, sus caras impasibles como la calma ciega de un insecto.

Detrás de ellos, más allá de las puertas abiertas, mesas y cubículos, y mostradores y salas y cocinas y baños, parejas que copulan en hileras de camas de latón, mil hamacas entrelazadas, yonquis buscándose la vena, fumadores de opio, fumadores de hachís, gente comiendo, hablando, bañándose, cagando entre una neblina de humo y vapor.

Mesas de juego donde se apuestan inverosímiles cantidades. De cuando en cuando un jugador se levanta de un salto emitiendo un desesperado grito inhumano porque ha perdido su juventud a manos de un viejo o se ha vuelto *latah* para su oponente. Pero hay apuestas más altas todavía que la juventud o que

volverse *latah*. Juegos en los que sólo dos jugadores en todo el mundo saben lo que se apuesta.

Todas las casas de la Ciudad están adosadas. Casas de barro en las que mongoles de alta montaña parpadean envueltos en humo en los portales, casas de bambú y de teca, casas de adobe, de piedra y de ladrillo rojo, casas del Pacífico Sur y casas maoríes, casas en árboles y casas en barcos de río, una casa de madera de 50 metros de largo, que alberga tribus enteras, casas hechas con cajas viejas y planchas de hierro acanalado, donde se ven viejos en pútridos harapos, sentados en el suelo, hablando solos mientras preparan aguardiente, grandes estructuras de hierro oxidado que se alzan a 100 metros de altura sobre ciénagas y restos de basura, con endebles compartimientos construidos en plataformas de múltiples niveles y hamacas que se balancean sobre el abismo.

Parten expediciones hacia lugares desconocidos, con desconocidos propósitos. Llegan forasteros en balsas construidas con viejas cajas de embalar, atadas entre sí con sogas podridas, y salen dando tumbos de la jungla con los ojos hinchados y cegados por mordeduras de insectos, y bajan por las sendas de montaña con los pies agrietados y sangrantes, atravesando el extrarradio polvoriento y ventoso de la Ciudad, donde la gente caga acuclillada en filas ante muros de adobe y los buitres se disputan cabezas de pescado, y aterrizan en los parques colgados de paracaídas llenos de parches. Un policía borracho los escolta hasta un enorme urinario público, donde deben registrarse. Los datos recogidos se cuelgan de las paredes y se usan como papel higiénico.

Olores de cocina de todos los países flotan sobre la Ciudad; una neblina de opio, hachís, el humo resinoso y rojo de olor a comida de la selva y sal y río purulento y excremento seco y sudor y genitales. Flautas de alta montaña y jazz y bebop e instrumentos mongoles de una sola cuerda y xilófonos gitanos y gaitas árabes.

La Ciudad es azotada por epidemias de violencia y los cadáveres sin enterrar son devorados por buitres en la calle. No se permiten ni funerales ni cementerios. Albinos parpadean bajo el sol, muchachos se reclinan en los árboles masturbándose lánguidamente, gente devorada por enfermedades desconocidas escupe a los transeúntes y los muerde y les arroja pus y costras y agentes patógenos diversos (insectos sospechosos de ser portadores de enfermedades) con la esperanza de infectar a alguien.

Cuando te emborrachas y pierdes el sentido te despiertas y te encuentras en la cama a alguno de estos enfermos ciudadanos sin rostro que se ha pasado la noche ingeniándoselas para infectarte. Pero nadie sabe cómo se transmiten las

enfermedades, ni si son contagiosas. Estos mendigos roídos por la enfermedad habitan un laberinto de madrigueras que se extiende bajo la Ciudad y aparecen por cualquier parte, emergiendo muchas veces a través del piso de algún abarrotado café.

Practicantes de impensables oficios obsoletos garabateando en etrusco, adictos a drogas no sintetizadas todavía, camellos de harmina adulterada, la droga reducida a puro hábito que ofrece una precaria serenidad vegetal, líquidos para inducir el *latah*, antibióticos cortados, suero titónico de la longevidad; estraperlistas de la tercera guerra mundial, buhoneros vendiendo remedios para enfermedades provocadas por la radiación, investigadores de infracciones denunciados por banales y paranoicos jugadores de ajedrez, portadores de órdenes judiciales fragmentadas que describen inenarrables mutilaciones del espíritu registradas en hebefrénica taquigrafía, burócratas de departamentos espectrales, agentes de estados policiales no constituidos; una enana lesbiana que ha perfeccionado la operación Begagut, una erección pulmonar que estrangula al enemigo dormido; vendedores de tanques de orgón y máquinas de relajación, especuladores de sueños y recuerdos analizados en células sensibilizadas de yonqui con síndrome de abstinencia y permutados por las materias primas de la voluntad; médicos experimentados en el tratamiento de patologías latentes en el polvo negro de ciudades destruidas, que acumulan virulencia en la sangre blanca de gusanos sin ojos que se abren camino hasta la superficie y los huéspedes humanos, males del lecho oceánico y la estratosfera, males del laboratorio y la guerra nuclear, extractores de sensibilidad telepática, osteópatas del espíritu.

Un lugar donde el pasado desconocido y el futuro emergente se funden con un vibrante zumbido sin sonido. Entidades larvarias esperando un ser vivo.

WILLIAM LEE

10 de junio de 1960

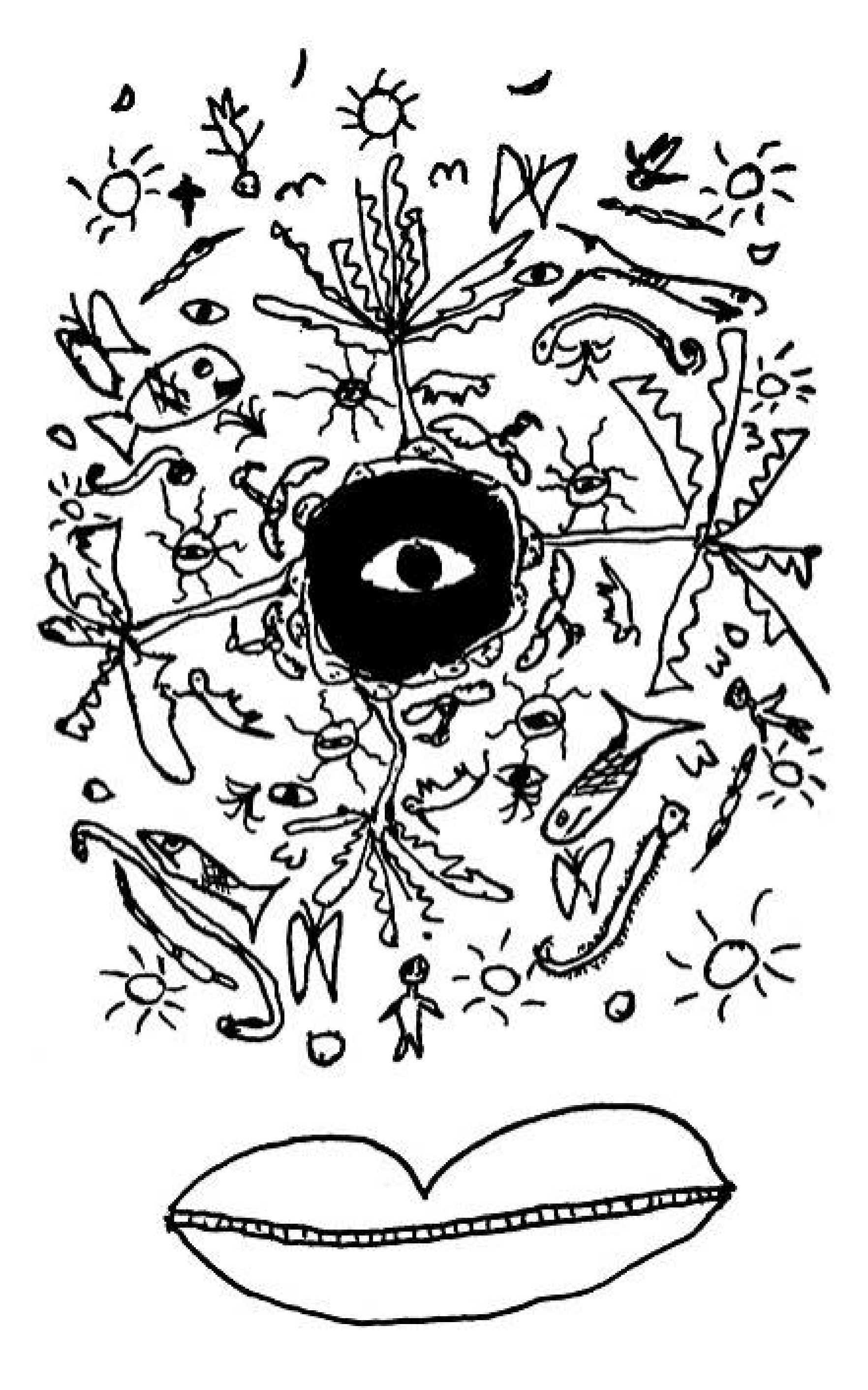
Estafeta de Correos

Pucallpa, Perú

Querido Bill:

Sigo en Pucallpa – me encontré con un tipo pequeño, rechoncho, llamado Ramón P– – que había sido amigo de Robert Frank (fotógrafo de nuestra película), aquí, en el 46 o así. Ramón me llevó a ver a su *curandero* – en quien tiene mucha fe y sobre cuyos Poderes sobrenaturales de sanación habla mucho, demasiado – el Maestro, lo llaman, un tipo de unos treinta y ocho o así, muy tranquilo y de aspecto sencillo – que preparó un brebaje para tres de nosotros la otra noche; y luego anoche fui a ver a un curandero oficial y bebimos toda la noche con unos 30 hombres y mujeres más en una choza en los alrededores más o menos selváticos de Pucallpa, detrás del campo de la fábrica de gas.

La primera vez, mucho más potente que el brebaje que me tomé en Lima, la ayahuasca se puede embotellar y transportar y no pierde su potencia, siempre que no fermente – la botella tiene que estar bien cerrada. Bebí una taza – mejunje un poco viejo, tenía varios días y estaba también un poco fermentado – me recosté y después de una hora (en choza de bambú, junto a la cabaña donde cocina) – empecé a ver o sentir lo que me pareció el Gran Ser, o una especie de sensación de Ello, que se me aproximaba como una gran vagina mojada – me recosté en ella durante un rato – la única imagen que te puedo describir es la de un gran agujero negro como de Nariz de Dios a través del cual me asomé a un misterio – y el agujero negro rodeado de toda la creación – especialmente serpientes de colores – todo ello real.



El Gran Ser

Me sentí un poco como lo que esa imagen representa, de tan real como era la sensación.

El ojo es imagen imaginaria, para dar vida al cuadro. También una gran sensación de placer en el cuerpo, nada de náuseas. Duró en diferentes fases unas dos horas – a las tres horas los efectos se habían disipado – la fantasía en sí duró desde tres cuartos de hora después de beber hasta dos horas y media más tarde,

más o menos.

Volví y hablé con el Maestro, le di 35 soles (1,50$) por sus servicios y hablé con él del peyote y del LSD – había oído hablar del peyote – es un *mestizo* que estudió en San Martín (territorio del alto Huallaga) – me dio muestras de su mezcla – usa planta joven de ayahuasca cultivada en su jardín, y la mezcla aproximadamente mitad y mitad con un catalizador que se conoce como la *mescla*, que es otra hoja conocida en lengua de los indios del Chama como *cahua*, y que él en Pucallpa llama *chacruna*. Me dijo que me conseguiría más muestras para llevármelas al Museo de Historia Natural de Lima para identificarlas. Cocina la mezcla, toda junta, un día entero y luego filtra el caldo, y a las hojas que quedan les vuelve a dar una segunda cocción. De todas formas el preparado no es demasiado secreto – creo que Schultes vio y conoce el preparado. Se pueden añadir hojas de otras plantas también, aunque no sé cuáles son esas combinaciones y no puedo probarlas – parecía interesado en las drogas en general – serio – no mercenario en absoluto – buen tipo – tiene bastantes seguidores aquí – hace sanaciones físicas, que son su especialidad.

Pero, bueno, y para abreviar, volví a la sesión formal en grupos anoche, en las chozas – esta vez el brebaje se preparó fresco y se presentó con toda la debida ceremonia – él canturreando (y soplando humo de cigarrillo o de pipa) suavemente por encima del borde de la taza durante varios minutos – (taza de loza, recuerdo la taza de plástico de la que me hablaste tú) – luego yo encendí un cigarrillo, solté una bocanada de humo sobre la taza, y me la bebí. Vi una estrella fugaz – Aerolito – antes de entrar, y la luna llena, y el tipo me sirvió a mí primero – luego me tumbé esperando Dios sabe qué otra agradable visión y empecé a colocarme – y luego el puto Cosmos entero estalló a mi alrededor, creo que casi fue lo más fuerte y devastador que he sentido nunca (aunque las experiencias de Harlem, que fueron Naturales, me las guardo en reserva. El LSD fue la Perfección pero no me metió tan profundamente, ni tan horriblemente) – Primero empecé a darme cuenta de que mi preocupación con respecto a los mosquitos o a vomitar era estúpida, y allí estaba la gran apuesta de la vida y la Muerte – sentí que me enfrentaba a la Muerte, mi cráneo en mi barba en jergón en porche rodando hacia delante y hacia atrás y finalmente posándose como en reproducción del último movimiento físico que hago antes de asentarme en la verdadera muerte – me entraron náuseas, salí corriendo y empecé a vomitar, todo cubierto de serpientes, como un Serafín de las Serpientes, serpientes de colores en aureola alrededor de todo mi cuerpo. Me sentía como una serpiente vomitando el universo – o un jívaro engalanado y con fauces vomitando ante la conciencia del Asesinato del Universo – mi muerte que vendría – la muerte de todos que vendría – todos sin preparar – yo sin preparar – y a mi alrededor por todas partes en los árboles el ruido de aquellos animales espectrales, los otros bebedores, vomitando (fase normal de las sesiones de

Sanación) en la noche en su espantosa soledad en el universo – vomitando su voluntad de vivir, de ser preservados en este cuerpo, casi – Volví adentro y me tumbé – Ramón se me acercó, muy tierno y enfermeril (él no había bebido, es una especie de asistente que ayuda a los sufrientes) y me preguntó si estaba bien y *«Bien Mareado»* (¿Bien borracho?) – Yo le dije *«Bastante»* y luego seguí escuchando al espectro que se acercaba dentro de mi mente – La choza entera parecía atravesada por los rayos de presencias espectrales que sufrían una transfiguración al entrar en contacto con una única



El vomitador

Cosa misteriosa que era nuestro destino y que antes o después iba a matarnos – el *curandero* canturreando, manteniendo un tono muy suave y repetido y luego cambiante, una especie de consuelo, sabe Dios lo que significaba – parecía significar algún punto de referencia con el que yo todavía era incapaz de entrar en contacto – estaba asustado y me quedé allí tumbado mientras una oleada tras otra

de miedo de muerte, de pánico, me pasaban por encima hasta que ya casi no podía soportarlo, no quería refugiarme rechazándolo como si fuera una ilusión, porque era demasiado real y demasiado familiar – especialmente como en un ensayo de Muerte de Última Hora mi cabeza rodando hacia delante y hacia atrás sobre la manta y finalmente asentándose en una última posición de quietud y resignación desesperada ante Dios sabe qué Destino – para mi ser – me sentía un alma extraviada completamente perdida – perdido el contacto con alguna Cosa que parecía estar presente – finalmente tuve la sensación de que podría enfrentarme a la Pregunta allí, en ese mismo momento, y elegir morir y comprender – y abandonar mi cuerpo para que lo encontraran por la mañana – supongo que llorando por todos – no soportaba dejar a Peter y a mi padre tan solos – con miedo entonces todavía de morir, de modo que no aproveché la Ocasión (si es que había una Ocasión, quizá de alguna manera la hubiera) – también como si todos los que participaban en la sesión estuvieran en contacto radiotelepático con el mismo problema – el Gran Ser que teníamos dentro – Volviendo en mí después de los vómitos vi a un hombre con las rodillas contra el pecho y creí ver su cráneo como una radiografía y me di cuenta de que estaba allí agachado como envuelto en un sudario (con una toalla a modo de protección contra los mosquitos enrollada alrededor de la cara), sufriendo la misma prueba y separación – Pensé en gente, vi claramente sus imágenes, y te vi a ti – aparentemente misterioso, ahora sabes más que yo, ¿por qué no te comunicas, o es que no puedes, o yo no te he hecho caso? Simon como un ángel en su aniquilación de la vanidad y generando vida nueva en forma de niños – «Si llega alguna noticia interplanetaria –dijo–, yo seré el primero en transmitirla por las ondas para que no se joda» – Francine, su esposa – especie de Serafín-Mujer, todas las mujeres (como todos los hombres) lo mismo – criaturas espectrales puestas ahí misteriosamente para vivir, ser los Dioses vivientes, y sufrir la Crucifixión y la muerte como Cristo, pero se pierden y se les muere el alma o establecen Contacto y dan nueva vida para continuar con el Proceso del Ser (aunque ellos mismos mueren, ¿o no?) – y yo perdido y el pobre Peter que depende de mí para alcanzar algún Paraíso que no poseo, perdido – y no hago más que rechazar a las mujeres, que vienen a ocuparse de mí – decidí tener hijos de alguna manera, una revolución en la Alucinación – pero el sufrimiento era tan grande que no podía soportarlo más, y cuando pensaba que todavía faltaba más sufrimiento, y más profundo todavía, me desesperaba – me sentía, me seguía sintiendo, como un alma perdida, rodeada de ángeles ministrantes (Ramón, el Maestro, tú, todo el Mundo Común de Agonizantes) – y mi pobre madre, que murió en Dios sabe qué condiciones de sufrimiento – no podía soportarlo – vomité otra vez (Ramón se acercó y me dijo que vomitara por el borde del porche donde estaba tumbado, si me volvían a entrar ganas de vomitar; una situación muy tierna y cuidadosa) Y me pregunto: ¿es éste un buen grupo? – recuerdo que me dijiste que tuviera cuidado con *qué* visión veía – pero bien sabe Dios que no sé a quién dirigirme finalmente cuando estoy en Horas bajas espiritualmente y tengo que depender de la memoria

que guarda mi propio Yo-Serpiente de las Jubilosas Visiones de Blake – o no depender de nada y entrar otra vez – pero ¿entrar en qué?, ¿la Muerte? – y en ese momento – vomitando aún, sintiéndome como una Gran Serpienteserafín perdida vomitando en mi conciencia de la Transfiguración que se avecina – con la sensación de Radiotelepatía de un Ser cuya presencia no había percibido por completo – demasiado Horrible para mí, todavía – aceptar el hecho de la comunicación total con, digamos, todo el mundo, un eterno serafín macho y hembra a la vez – y yo un alma perdida buscando ayuda – y bueno, poco a poco la intensidad empezó a disiparse, y yo incapaz de moverme en ninguna dirección espiritualmente – sin saber a quién mirar ni qué buscar – sin la confianza suficiente como para preguntarle al Maestro – aunque en la visión de la escena el Espíritu Ministrante local en quien más lógicamente debía confiar, si es que en alguien debía confiar, era él – me acerqué y me senté junto a él (como Ramón, en tono muy dulce, me había sugerido) para que me «soplara» – es decir, te canturrea una canción para sanar tu alma y te sopla humo por encima – una presencia bastante reconfortante – aunque para entonces el miedo más intenso ya había remitido – y después, cuando terminó, me levanté y recogí el pedazo de trapo que me había traído para protegerme de los mosquitos y me fui a casa, caminando bajo la luna, con el rechoncho Ramón – que me dijo que cuanto más te saturabas de ayahuasca más a fondo viajabas – visitabas la luna, veías a los muertos, veías a Dios – veías los Espíritus Arbóreos – etc.

Casi no me atrevo a regresar allí, temo la auténtica locura, un Universo Alterado permanentemente cambiado – aunque supongo que algún día tendrá que cambiar para mí – y mucho menos como teníamos previsto, viajar seis horas río arriba para beber con una tribu india – supongo que lo haré – mientras tanto esperaré aquí en Pucallpa una semana más y beberé unas cuantas veces más con el mismo grupo – ojalá supiera con quién trabajar, si es que hay alguien, que *sepa*, si es que alguien lo sabe, quién soy o lo que soy. Ojalá tuviera noticias tuyas. Creo que estaré aquí el tiempo suficiente como para que me llegue una carta – escribe

Allen Ginsberg

Si me marcho de aquí antes de dos semanas y me llega una carta me la enviarán rápidamente a Lima, así que ya tendré noticias tuyas allí, pero quiero recibir noticias tuyas, Bill, así que por favor escríbeme y aconséjame en lo que puedas, si puedes. No sé si me estoy volviendo loco o no, y es difícil aguantar más – aunque supongo que me podré proteger tratando *esa* conciencia como si fuera una ilusión temporal y recuperando temporalmente la conciencia normal cuando los efectos se disipen – (empecé a vislumbrar la Llamada del Vudú Haitiano) – pero esta casi esquizofrénica alteración de la conciencia da miedo – y también está la sensación de no saber con quién, de entre los que me rodean, puedo

personalmente sincerarme. Había decidido llevarme un poco de ayahuasca a Nueva York cuando regresara, pero casi me asusta – yo no soy curandero, estoy yo mismo perdido, y tengo miedo de provocarles a otros, como Peter, una pesadilla que no pueda detener.

No sé qué te parecerá a ti todo esto, pero me conoces bastante bien, así que escribe, rápido, por favor.

Todo está bien, supongo; y te lo digo por si todo esto te preocupa innecesariamente, estaré bien –

Abrazos,

Allen

P.D. En las últimas horas, en una librería esta mañana, mientras compraba este bolígrafo, oí una vieja grabación nostálgica del «Maytime» de Nelson Eddy que solía poner cuando era pequeño, y fue como un recordatorio de la Muerte, una cosa tristísima – «¿me amarás para siempre?».

Y ahora de Propina – unos extractos de las notas del Éter, que tomé hace dos semanas en Lima, en clave menor.

El resonante sonido en todos los sentidos

de todo lo que ha sido Creado

todas las combinaciones repitiéndose una y

otra vez como antes –

Cada posible Combinación del Ser – todas

las antiguas: – todas las antiguas hindúes.

Universos sabahadabadie-plurales

sonando en Grandilocuente

Yuxtaposición Barbada

con todos sus minaretes y torres

bañados por la luna y enlazados
con hierro o bordados de porcelana,
todos han existido –
y los Sabios de
pelo blanco que se sentaban con las piernas cruzadas en
un sofá femenino –
escuchando cualquier música que saliera
del bosque o de la calle,
cualquier pájaro que trinara en el mercado
cualquier nota que hiciera sonar el reloj
para marcar el Tiempo –
cualquier droga, o *aire*, los respiraban
para que les hiciera pensar profundamente
u oír sencillamente lo que
había pasado
como un coche que pasa en la calle en 1960
junto al Palacio de Gobierno
en Perú, esta Lima,
en el año en que escribo –
Un Buda como en los tiempos antiguos, con las sirenas de
cualquier maquinaria emitiendo sonidos que resuenan en
la calle.

Y una farola reflejada en la ventana de la fachada
de la estación de ferrocarril de un
pintoresco puerto en Contraflujo de la turbia y olvidada
fabulosa lo que sea
Civilización de la
Eternidad:–
con el reloj de la estación de ferrocarril da la media- noche
a partir de ahora
y esperando la 6.a
para escribir una palabra,
y terminar con la última campanada – recuerda
esta medianoche sonó
ya antes
y nunca más; las dos.
Y me vuelvo desde el balcón donde estuve
mirando la Cruz (asustado)
y las estrellas
pensando en el BONG de medianoche –
Sabios de Asia, o las blancas barbas de Persia,
Garabateando en los márgenes de sus perga minos
en tinta delicada
recordando con lágrimas las antiguas campanadas

de sus ciudades

y las ciudades que habían existido – y

Afirmar con ojos que ríen –

el mundo es como lo vemos,

macho y hembra, pasando como pasa a través de los años,

y como hizo antes y seguirá haciendo, quizá

con todas sus perlas incontables

Y todas las narices ensangrentadas de la Eternidad –

y todos los viejos errores –

incluyendo

esta vieja conciencia, que se ha visto

antes a sí misma – (de ahí el silbido de langosta

de la vigilia nocturna de la antigüedad en mi tímpano)

Estoy garabateando naderías,

página tras página de la más profunda

nada,

como dejó escrito el Antiguo Hebreo, cuando

escribió Adonai o Uno –

todo para divertir o hacer dinero o engañar –

OH CAMPANA DEL TIEMPO, DA

LA MEDIANOCHE POR BILLONÉSIMA

VEZ CON TU SONIDO, ¡VUELVO A OÍR!

21 de junio 1960 Tiempo Presente Tiempo Pre-Sente American Express Londres Inglaterra

Querido Allen:

No hay nada que temer. *Vaya adelante*. Mira. Escucha. Oye. ¿Que tu conciencia de AYAHUASCA es más válida que la «Conciencia Normal»? ¿La «Conciencia Normal» de quién? ¿Por qué volver a eso? ¿Por qué te sorprende verme? Estás siguiendo mis pasos. Yo conozco el camino. Y sí, conozco la zona mejor que tú, creo. He intentado decirte más de una vez que comuniques lo que yo sé. No escuchaste o no podías escuchar. «No puedes enseñarle a nadie lo que no ha visto.» Brion Gysin,[2] en nombre de Hasan-i Sabbah. Escúchame ahora. Coge esta carta. Recorta las líneas. Reordénalas colocando la sección uno junto a la sección tres y la sección dos junto a la sección cuatro. Luego léelas en voz alta y oirás Mi Voz. ¿La voz de quién? Escucha. Recorta y reordena siguiendo cualquier combinación. Lee en voz alta. No puedo por menos que oírte. No lo pienses. No teorices. Pruébalo. Haz lo mismo con tus poemas. Con cualquier poema, cualquier prosa. Pruébalo. Quieres «Ayuda». Aquí la tienes. Sigue a partir de aquí. Y recuerda siempre: «Nada es Verdad. Todo está permitido.» Últimas Palabras de Hasan-i Sabbah, el Viejo de la Montaña.

ESCUCHAD MIS ÚLTIMAS PALABRAS TODO EL MUNDO. ESCUCHAD TODOS VOSOTROS CONSEJOS SINDICATOS Y GOBIERNOS DE LA TIERRA. Y TÚ PODER, VOSOTROS PODERES QUE ESTÁIS DETRÁS DE LOS SUCIOS TRATOS CONSUMADOS EN QUÉ RETRETES PARA LLEVAROS LO QUE NO ES VUESTRO. PARA VENDER LA TIERRA DE DEBAJO DE PIES NONATOS. ESCUCHAD. LO QUE TENGO QUE DECIR ES PARA TODOS LOS HOMBRES EN TODAS PARTES. REPITO, PARA TODOS. NADIE ESTÁ EXCLUIDO. GRATIS PARA TODOS LOS QUE PAGUEN. GRATIS PARA TODOS LOS QUE SUFREN PAGAN.

¿QUÉ MIEDO OS METIÓ EN EL TIEMPO? ¿QUÉ MIEDO OS METIÓ A TODOS EN VUESTROS CUERPOS? ¿EN LA MIERDA PARA SIEMPRE? ¿QUERÉIS QUEDAROS AHÍ PARA SIEMPRE? ENTONCES ESCUCHAD LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE HASAN-I SABBAH. ESCUCHAD MIRAD O SEGUID EN LA MIERDA PARA SIEMPRE. ¿QUÉ MIEDO OS METIÓ EN EL TIEMPO? ¿EN EL CUERPO? ¿EN LA MIERDA? OS LO DIRÉ. LA PALABRA. LA PALABRA. AL PRINCIPIO FUE EL VERBO. OS ASUSTÓ A TODOS HASTA METEROS EN LA MIERDA PARA SIEMPRE. SALID PARA SIEMPRE. SALID DE LA PALABRA DEL TIEMPO DEL PARA SIEMPRE. SALID DE LA PALABRA DEL CUERPO DEL

PARA SIEMPRE. SALID DE LA PALABRA DE LA MIERDA DEL PARA SIEMPRE. TODOS FUERA DEL TIEMPO PARA ENTRAR EN EL ESPACIO. PARA SIEMPRE. NO HAY NADA QUE TEMER. NO HAY NADA EN EL ESPACIO. ESO ES TODO TODO TODO HASANI SABBAH. NO HAY PALABRA QUE TEMER. NO HAY PALABRA. ESO ES TODO TODO TODO HASAN-I SABBAH. SI TÚ YO CANCELAMOS TODAS VUESTRAS PALABRAS PARA SIEMPRE. Y LAS PALABRAS DE HASAN-I SABBAH TAMBIÉN LAS CANCELO. A TRAVÉS DE TODOS VUESTROS CIELOS VED LA ESCRITURA SILENCIOSA DE BRION GYSIN HASAN-I SABBAH. LA ESCRITURA DEL ESPACIO. LA ESCRITURA DEL SILENCIO.

VED VED VED

AMIGOS MUCHACHOS A TRAVÉS DE TODOS SUS CIELOS VEA LA ESCRITURA SILENCIOSA DE BRION GYSIN HASAN-I SABBAH. LA ESCRITURA DE SILENCIO LA ESCRITURA DE ESPACIO. ESO ES TODO TODO TODO HASAN-I SABBAH.

VEA VEA VEA

¿Cuándo vuelves? El Método del Cut-Up está explicado en *Minutes to Go*. Que ya ha salido en los Estados Unidos. Te enviaré un ejemplar, pero ¿adónde? George Whitman dice que te pongas en contacto con su viejo amigo Silvester de Castro en Ciudad de Panamá. Está relacionado con la sinfónica municipal y la universidad. *Hasta Al Vista Amigo*.

Abrazos

William Burroughs

En nombre de Hasan-i Sabbah

¡*Adelante! Hasan-i Sabbah*

P.D. NADIE QUE ESTÉ BIEN DE LA CABEZA SE FIARÍA DEL «UNIVERSO». BARRIDAS POR LA ESTAFA LAS MASAS MIRABAN LAS SEÑALES. ¿QUIÉN HA SOBORNADO NUNCA A UN JULAY A UN PIGMEO A UN SIMIO A UN ANIMAL HUMANO? NADIE EXCEPTO HASAN-I SABBAH.

San Francisco

28 de agosto de 1963

A quien corresponda:

El yo descifra esta correspondencia como sigue: la visión de los ángeles ministrantes mis prójimos hombre y mujer vislumbrados completamente por primera vez mientras el *curandero* canturreaba suavemente humano en estado de trance de Ayahuasca 1960 profecía de transfiguración de la conciencia del yo de sensación mental sin hogar del pavor eterno en cuerpo encarnado sintiendo la presente dicha ahora actualizada 1963.

Viejo amor, como siempre

Allen Ginsberg

¿ME ESTOY MURIENDO, MÍSTER?

Panamá se colgó de nuestros cuerpos – Probablemente cortada – Cualquier cosa creó este sueño – Ha consumido a los clientes del orgasmo fósil – Me encontré con mi viejo amigo Jones – En tan mal estado, olvidado, tosiendo en película 1920 – Voces de vodevil regateando con aliento de alba enferma en servicio de cama – Mambo idiota salpicado hacia atrás – Casi me asfixio probándome el aliento del chaval – Eso es Panamá – Carne nitrosa barrida por tu voz y el terminal de la unidad receptora – Pájaros comedores de sesos patrullan las ondas cerebrales de baja frecuencia – Tarjeta postal esperando civiles olvidados – «y todos son como medusas, Míster» – Panamá ciudad de postal – Postal de droga muerta.

Triste mano bajando por la pista invertida del tiempo – Recibo de casa de empeño genital lo despojó de ropa interior sucia – Breve muchacho en pantalla deslizándome gayumbos entre risas hasta abajo – Susurros de calle oscura en Puerto Asís – Míster sonríe con cara de vago habitual del pueblo – Orgasmo filtró telegrama de contestación: «Johnny con los pantalones bajados.» – (Ese mustio olor de amanecer de verano en el garaje – Viñas que se retuercen entre acero – Pies desnudos en excremento de perro.)

Panamá se colgó de nuestros cuerpos de Las Palmas a David entre dulces olores alcanforados de paregórico cocinándose – Quemó la república – El boticario *no tengo venga vielnes* – Espejos de Panamá de 1910 bajo sello en cualquier farmacia – Tiró la toalla, luz de la mañana sobre café frío –

La droga importunándome: «Borracho en este de St. Louis, *sabía* que vendrías raspando hueso – Quien ha sido yonqui siempre esponjoso y podrido – *Sabía* cómo era tu vida – Cuatro días allí, enfermo de jaco.»

Rancia mesa del desayuno – Sonrisa de gatito – Hedor de muerte y dolor de su enfermedad en la habitación conmigo – Tres imágenes de recuerdo de ciudad de Panamá – Viejo amigo vino y se quedó todo el día – Cara comida por «Necesito *más*» – He observado esto en el Nuevo Mundo – «¿Viene conmigo, Míster?»

Y Joselito se instaló en Las Playas en momento clave – Atrapado en este lugar – Lagunas iridiscentes, delta pantanoso, llamaradas de gas – Burbujas de gas de carbón que seguirán gritando «*¡A ver*, Luckies!» dentro de cien años – Un balcón de teca podrida apuntalado por Ecuador.

«El *brujo* empezó a canturrear un caso especial – Era como sumergirse bajo los efectos del éter en los ojos de una cabeza encogida – Insensible, cubierto de capas de algodón – No sé si pillaste mis últimas indirectas sobre el intento de

romper este vértigo insensible con los personajes chinos – Lo único que quiero es que esto se me pase – Deprisa por favor – Tomó posesión de mí – ¿Cuántos argumentos han previsto una expedición botánica como ésta antes de que finalmente se pudieran realizar? – Ferrocarriles pintorescos – Me estoy muriendo en cruce de vértigos de vino – Y yo repitiendo una y otra vez "comisiones desplazadas donde aletea el toldo" Fogonazos ante mis ojos tu voz y el final de la línea.»

Esa quejumbrosa Panamá se colgó de nuestros cuerpos – Entré en el bar de Chico con un mohoso recibo de casa de empeño, esperando en película de 1920 un ron con cocacola – Carne nitrosa bajo este antro barrido por tu voz: «Metiendo clavos en mi ataúd» – Pájaros comedores de sesos patrullan «Tu corazón traicionero» – Postal muerta aguardando un lugar olvidado – Ligera conmoción de película de 1920 – Adolescentes despreocupados se habían sometido a procesamiento especial de reclutas – La tarde desnuda en la carne del muchacho – No hacía más que intentar tocar en sueños – «Viejo truco de fotógrafo, espera a Johnny – Ahí va el cementerio mexicano.» En el malecón conocí a un chico con una camiseta de rayas rojiblancas – Ciudad P. G. en el crepúsculo púrpura – El chico se despojó de su ropa interior sucia raspando una erección – Lluvia tibia en el tejado de hierro – De pie desnudo bajo el ventilador de techo en servicio de cama – Cuerpos tocaron película eléctrica, hormiguearon chispas de contacto – Soplos de ventilador de joven duro en camiseta lavada de adolescente – Los olores de sangre las voces ahogadas y el final de la línea – Eso es Panamá – Película triste derivando en islas de basura, negras lagunas y gente pez esperando un lugar olvidado – Antro fósil barrido por un ventilador de techo – Viejo truco de fotógrafo los barrió de las ondas.

«¿Me estoy muriendo, Míster?»

Fogonazos ante mis ojos hoscos y desnudos – Viento de alba podrida en sueños – Podredumbre de muerte en foto de Panamá donde aletea el toldo.

WILLIAM BURROUGHS

NOTAS

[1] Ésta es la primera de las «farsas» de Burroughs: «Roosevelt tras la toma de posesión». El género adquirió luego vida propia, como en el caso del culo parlante de *El almuerzo desnudo*; posteriores cartas a Ginsberg desarrollaron gran parte del material de ese volumen. Los editores ingleses eliminaron «Roosevelt tras la toma de posesión» de la edición original de *Las cartas de la ayahuasca*. Esta farsa la publicó por primera vez Leroi Jones en el número 9 de la revista *Floating Bear*, que fue legalmente confiscado, bajo acusación de obscenidad, cuando sus responsables enviaron ejemplares del mismo a una persona que se hallaba en la cárcel. Posteriormente, el texto apareció en edición artesanal, publicado por la editorial Fuck You Press, de Ed Sander. En 1979 City Lights Books lo publicó, junto con otros ensayos breves, bajo el título de «Roosevelt tras la inauguración y otras atrocidades». *(N. del E. americano.)*

[2] Brion Gysin: pintor inglés, colaborador y amigo de Burroughs de la época de Tánger, que le sugirió la aplicación de las técnicas de la pintura del siglo XX –en concreto, el *collage*– a la composición escrita. A raíz de esta sugerencia, *El almuerzo desnudo* se completó en forma de *collage* de escenas diversas. Los panfletos *Minutes to Go* (Two Cities Press, París, 1960) y *The Exterminator* (Auerhahn Press, San Francisco, 1960) fueron preparados por Gysin, Burroughs, Gregory Corso y otros como ejemplo gráfico de una vía de escape inmediata de los conflictos literarios y fenomenológicos temporales a través de las técnicas del *cut-up* (recorte) y el *collage*. A. G.